



PEDRO ARRUPE, TESTIGO Y PROFETA

Martin Maier

Prólogo

Cuando el 22 de mayo de 1965 Pedro Arrupe fue elegido 28º General de la Compañía de Jesús, se llevó una sorpresa total. *Y ahora ¿qué hago?*¹, fue su primera pregunta a José Oñate, su vecino de asiento, quien le respondió con gran presencia de ánimo: “La cosa está bien clara, obedezca por última vez”. Sin embargo, Oñate se equivocó. Durante los 18 años de su generalato, Arrupe fue sometido por los Papas a difíciles pruebas de obediencia. Y en los diez últimos años de su enfermedad, como consecuencia de un ataque de apoplejía, se cumplieron en él las palabras de Jesús, que figuran al pie de un cuadro de la crucifixión de Pedro en su cuarto de la enfermería: “Cuando eras joven, tú mismo te ceñías y podías ir adonde querías. Pero, cuando seas viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará a donde tu no quieras” (Jn. 21, 18)

Su biógrafo español, Pedro Miguel Lamet, ha llamado a Pedro Arrupe, que hubiera cumplido cien años en el 2007, “una explosión en la Iglesia”. El jesuita vasco fue una de las personalidades más importantes y conocidas del postconcilio, y aun después de su muerte desplegó una gran fuerza inspiradora. Nunca tuve ocasión de encontrarme con él personalmente. Pero a través de quienes le conocieron bien y de sus escritos, me he hecho de él una viva imagen. Humanamente tuvo que ser extraordinariamente atrayente y simpático. Con una sonrisa que desarmaba pudo dominar las situaciones más difíciles, y la fascinación que irradiaba su personalidad iba pareja con su credibilidad. Vivía lo que anunciaba. Como dice Ignacio de Loyola, predicó el amor más con las obras que con las palabras. En él se armonizaban teoría y praxis.

En mis conversaciones con íntimos de Arrupe casi siempre escuché la misma frase: “Era un santo”. Y se comenta con cierta ironía que otros, cuya santidad es más discutible que la de Arrupe, han sido elevados “al honor de los altares” antes que él y con mucha rapidez. En una conversación con Vincent O’Keefe, uno de sus más estrechos colaboradores y amigos, se me escaparon estas palabras: “Yo creo que la Compañía de Jesús todavía no ha entendido todo lo que Dios quiso comunicarle por medio de Pedro Arrupe”. O’Keefe asintió convencidamente. En este

¹ Las palabras de Pedro Arrupe aparecen en cursiva. Cuando se aduce explícitamente la fuente aparecen entre comillas.

escrito trataré de rastrear algunos de esos impulsos que nos han llegado de Pedro Arrupe.

El Concilio Vaticano II había pedido a las órdenes religiosas una renovación adecuada a la época, a través de una vuelta al espíritu de sus orígenes. Arrupe, en su función de General, convirtió en misión central suya hacer real ese objetivo. Con fidelidad creativa tradujo para hoy los principios más importantes de la espiritualidad ignaciana. Ignacio había concebido como finalidad de la Compañía conjuntamente la “mayor gloria de Dios” y la “ayuda de las almas”, lo que para Arrupe, en el mundo de hoy, se concentraba en el compromiso por la fe y la justicia, como misión de la Compañía. Fue también el primero en introducir en la Iglesia el concepto de inculturación, abriendo con ello, proféticamente, nuevos caminos al encuentro de la fe cristiana con las más diversas culturas. Durante su generalato tuvo lugar una de las crisis más difíciles en las relaciones de la Compañía de Jesús con la Santa Sede. Pero no fue solamente un problema de la Compañía, pues la raíz más profunda de la crisis estaba en las discusiones postconciliares sobre la correcta interpretación del Vaticano II.

Arrupe era un ciudadano del mundo familiarizado con diversas culturas. Durante sus 27 años de misionero en Japón tendió muchos puentes entre Oriente y Occidente. Hombre de visión universal, bien puede considerársele como precursor de la globalización. Mucho antes del movimiento ecológico, previó que el consumismo desenfrenado destruye los fundamentos naturales de la vida. Promovió una “sociedad de lo suficiente”, lo que Jon Sobrino, siguiendo a Ignacio Ellacuría y su idea de la “civilización de la pobreza”, formula como “civilización de la austeridad compartida”, desafío que ha adquirido nueva actualidad en el mundo de hoy. El secreto de su persona residió en su profunda unión con Jesucristo. Pudo hablar sobre Jesucristo, y con Él, con una vitalidad fascinante y contagiosa. Uno de sus más profundos pensamientos dice así: *Tan cerca de nosotros no había estado el Señor, acaso nunca, ya que nunca habíamos estado tan inseguros.*

Se puede uno preguntar si el paso del tiempo no ha arrollado a Arrupe, de modo que retornar a él no es sino una forma de nostalgia. Es cierto que algunos de sus textos pueden haber sido escritos con un optimismo y una exultación, que hoy ya no podemos compartir. Y también se ha ido difuminando el ambiente de éxodo, de salirse de lo ya conocido, que siguió al Concilio. Sin embargo, en perspectiva histórica, Karl Rahner ya había estimado que la puesta en práctica del cambio del Concilio Vaticano II tomaría unos cien años. Las últimas Congregaciones Generales intentaron hacer fructificar entre los jesuitas los impulsos del Concilio, y el cambio todavía llevará tiempo. Por ello ante la Congregación General 35, al comienzo del 2008, en la Compañía domina la tendencia a no elaborar grandes documentos ni decretos, sino a buscar caminos de conversión en la línea de lo que ya dijeron -y dijeron bien- congregaciones anteriores. En este contexto bien merece la pena recordar a Pedro Arrupe, en quien no pocos reconocen al más importante General de la Compañía de Jesús desde Ignacio.

1. Vida de Pedro Arrupe

Infancia y estudios de Medicina

Pedro Arrupe Gondra nace el 14 de noviembre de 1907 en Bilbao, como último de cinco hijos. Tiene cuatro hermanas. Su padre es arquitecto y su madre hija de un médico. Ambos son profundamente creyentes. La familia pasa por acomodada. Pedro es claramente un niño vivaz y un estudiante extraordinario. Con once años entra en la Congregación Mariana, en cuya revista “Flores y Frutos” Pedro Arrupe escribe en marzo 1923 un breve artículo sobre Francisco Javier, Japón y las Misiones. No podía sospechar entonces que quince años más tarde habrá de seguir, como misionero, las huellas de Francisco Javier en Japón.

Ese mismo año empieza los estudios de medicina en Madrid. Pedro es un excelente estudiante. Ama extraordinariamente la música. Va con frecuencia a la ópera. Con su hermosa voz de barítono cantará más tarde en ocasiones especiales, como misionero en Japón e incluso como General. Durante sus estudios de medicina vive una breve historia de amor con la hermana de un jesuita colombiano. Arrupe pudo recordarlo, cuando más tarde, ya como General, mencionó la experiencia del enamoramiento como una de las condiciones deseables en un joven que pretendiera ser jesuita.

Su amigo de estudios Enrique Chacón le invita a hacerse miembro de las Conferencias de San Vicente y a visitar familias pobres en los suburbios de Madrid. Por primera vez en su vida toma contacto con la miseria social y las situaciones de injusticia. Él lo recuerda así: *Aquello, lo confieso, fue un mundo nuevo para mí. Me encontré con el dolor terrible de la miseria y el abandono. Viudas cargadas de hijos, que pedían pan sin que nadie pudiera dárselo; enfermos que mendigaban la caridad de una medicina sin que ningún samaritano se la otorgase... Y, sobre todo, niños, muchos niños, medio abandonados unos, maltratados otros, insuficientemente vestidos la mayor parte y habitualmente hambrientos todos.* Arrupe y Chacón, impresionados por esta necesidad, decidieron renunciar a sus visitas a la pastelería “La India” e hicieron llegar el dinero así ahorrado a los pobres de Madrid.

Durante el tercer año de medicina, Arrupe entra en una crisis personal y se pregunta por el sentido y orientación de su vida. Vive con profundo dolor la muerte de su padre, y se convierte en cabeza de familia para sus cuatro hermanas. Poco después emprende con ellas una peregrinación a Lourdes. Como estudiante de medicina recibe un permiso especial para examinar a los enfermos. En julio de 1926 es testigo de tres curaciones extraordinarias: una religiosa paralítica puede volver a caminar al paso de la custodia; una mujer con cáncer de estómago en estado Terminal, curada en tres días; un joven con parálisis infantil salta de su silla de ruedas en el momento de la bendición eucarística.

En mirada retrospectiva escribe Arrupe: *Sentí a Dios tan cerca en sus milagros, que me arrastró violentamente detrás de sí. Y lo vi tan cerca de los que sufren, de los que lloran, de los que naufragan en esta vida de desamparo, que se encendió en mí el deseo ardiente de imitarle en esta voluntaria proximidad a los desechos del mundo, que la sociedad desprecia, porque ni siquiera sospecha que*

hay un alma vibrando bajo tanto dolor. No fueron, en primer lugar, las curaciones milagrosas las que tocaron a Arrupe, sino la cercanía de Dios hacia los que sufren, y que se manifiesta en ellos. Como ya aparece en el Evangelio, los milagros son signos del poder sanador de Dios en el mundo y de su especial amor a los pobres y a los marginados. En esto Arrupe desearía imitarlo.

Impresionado por las experiencias de Lourdes, madura su decisión de hacerse jesuita. La decisión es recibida negativamente en el ambiente anticlerical de la universidad. Su profesor de medicina, Juan Negrín, quien llegó a ser más tarde Presidente de la República española, califica como una gran pérdida para la medicina el que Arrupe haya abandonado su carrera de médico. Especialmente dura fue para sus hermanas su entrada en la Compañía de Jesús: *Fueron momentos muy duros. Mucho lloraron, porque la separación era muy dura. Pero no tengo que reprocharles ni el menor esfuerzo por retenerme en contra de una voluntad, que era claramente la de Dios.* Quedó muy agradecido a sus hermanas. Su dolor no había sido menor que el de ellas.

Entrada en la Compañía de Jesús

El 25 de enero de 1927 Pedro Arrupe entra en el noviciado de la provincia jesuítica de Castilla, en Loyola. Ya en el noviciado aparece un típico rasgo del carácter de Arrupe: liberal y abierto con los demás, pero muy exigente consigo mismo. En vez de la hora prescrita de oración él hace dos horas cada día. Tiene un fino sentido del humor. Como General, escribirá en 1973 a un maestro de novicios que su principal servicio consiste en enriquecer a sus novicios con la “forma Societatis”, compartirla con ellos y contagiársela porque él mismo la vive. Sus primeros votos los hizo en diciembre de 1928.

En la siguiente fase de la formación, el juniorado, Arrupe fue bedel - representante de los estudiantes jesuitas ante el rector. Durante los Ejercicios de ocho días en su primer año de juniorado despertó en él la llamada misionera. De repente lo vio con toda claridad: Dios quiere que él vaya a la misión de Japón. Antes nunca había pensado en ello. El Padre que le acompaña se lo confirma. Entonces Arrupe escribe una carta al General de la Orden, Wladimiro Ledóchowski en Roma, con la petición de ser enviado a Japón. Sin embargo, sólo recibe una lacónica respuesta, que no decía nada sobre el futuro. Un año después escribe una nueva carta y recibe la misma contestación. Arrupe queda profundamente decepcionado; más tarde, ya General, dirá que él hubiera reaccionado de la misma manera a una carta semejante de un joven jesuita. Una vocación misionera debe ser probada. El consuelo le vino del Padre Ibero, Rector de Loyola, que le profetizó: “No te preocupes, Perico, tu irás a Japón”.

En 1931 Arrupe comienza sus estudios de filosofía en el Colegio Máximo de Oña, Burgos, donde recibe el regalo de importantes experiencias espirituales. En un claustro del Colegio escucha una misteriosa voz: “Tu serás el primero”. Y experimenta una gran luz interior con la que todo le parece nuevo, lo que recuerda la experiencia de “ilustración” que vivió Ignacio en Manresa junto al río Cardoner. En su autobiografía, el “Relato del peregrino”, describe Ignacio esta experiencia. “Una vez iba por su devoción a una iglesia, que estaba poco más de una milla de

Manresa, que creo yo se llama San Pablo, y el camino va junto al río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado, se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales, como de cosas de fe y letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas”. No se trataba de una visión objetiva, sino de una nueva luz bajo la cual se le manifestaron todas las cosas. Corresponde a la experiencia de ilustración que describe Arrupe.

En 1932 la situación política española llevó a la expulsión de la Compañía de Jesús. Los jóvenes jesuitas deberían continuar sus estudios en el destierro, en Marneffe, Bélgica. En las dos últimas semanas en España Arrupe se sumergió en el volumen de “Monumenta Ignaciana” -edición histórica de las fuentes de la Orden sobre los Ejercicios. *Este tiempo de lectura, de oración y de reflexión me permitió penetrar de manera decisiva en el pensamiento y la espiritualidad de San Ignacio.* De 1933 a 1936 Arrupe estudia teología en el Colegio de Valkenburg, en Holanda, con los jesuitas alemanes. Allí debió especializarse en ética de la medicina con el conocido teólogo moralista Franz Hürth. Este tiempo, compartido con los jesuitas alemanes, será más tarde de particular importancia, ya que a la provincia jesuítica de Alemania del Este se la había encargado la misión del Japón. Entre sus compañeros de estudios en Valkenburg está Alfredo Delp, quien poco antes del fin de la guerra será ejecutado por los nacionalsocialistas, por su colaboración con el grupo de resistencia de Kreisau . Para Arrupe el Padre Delp es un mártir.

El 30 de julio de 1936, Pedro Arrupe es ordenado sacerdote con otros 40 compañeros jesuitas de su provincia. Ningún familiar pudo estar presente en la ordenación, pues en España acababa de estallar la guerra civil. Arrupe va a sentir una creciente devoción y predilección por la santa Misa. Su espiritualidad está marcada eucarísticamente de forma muy especial. Cree profundísimamente en la presencia de Cristo en la Eucaristía.

En 1936, inesperadamente, su provincial le envía a Estados Unidos a especializarse en ética de la medicina. De 1937 a 1938 hace en Cleveland, Ohio, su tercera probación, el último año de formación. Allí, por fin, el 7 de junio de 1938, recibe la tan deseada carta del General: “Después de haberlo considerado delante de Dios y haberlo consultado con su Provincial, le destino a la Misión de Japón”. Antes de partir para Japón pasa algunos meses de trabajo pastoral en una prisión de alta seguridad en Nueva York. En poco tiempo se gana el corazón de los presos. La despedida le costó mucho. Mirando a sus experiencias con presos escribe: *Es claro que el lugar del sacerdote está siempre junto al dolor.*

Misionero en Japón

El 30 de septiembre de 1938, en Seattle, después de diez largos años de espera, comienza la travesía hacia Japón. Al llegar, llora de alegría, y cae en la cuenta de que llorar había sido raro en él desde que era mayor. Sin embargo el comienzo en Japón es sobrio. Arrupe experimenta las exigencias de la inculturación en su propia carne: lengua extranjera, costumbres japonesas, comida japonesa. Una experiencia extraordinaria es la misa que celebra en la cumbre del Fujiyama. Arrupe conoce al jesuita alemán Hugo Enomiya Lasalle, el gran constructor de

puentes entre Zen y Cristianismo. Lasalle es un buen violoncelista y Arrupe le convence para que le acompañe con el violoncelo en sus cantos.

El joven misionero se mete todo lo que puede en la cultura japonesa y se ejercita en el tiro del arco, en la ceremonia del te, en la meditación Zen y en el arte de escribir japonés. Su primer destino es de párroco en la ciudad de Yamaguchi. Poco antes de la entrada de Japón en la segunda guerra mundial, el 8 de noviembre de 1941, Arrupe, sospechoso de ser espía, es encarcelado. Pasa semanas llenas de inseguridad y privaciones en una prisión militar hasta el 12 de enero de 1942. Ese tiempo se convierte para Arrupe en una profunda experiencia espiritual: *Aprendí la ciencia del silencio, de la soledad, de la pobreza severa y austera, del diálogo interior con el huésped del alma –“hospes animae”-, que nunca se me ha mostrado más “dulces”*. Arrupe habla del mes más rico de enseñanza en su vida. Le conmueve profundamente que los feligreses de su parroquia en Nochebuena se arriesguen a cantar un villancico de Navidad ante la celda de su cárcel.

En 1942 Arrupe es nombrado maestro de novicios y pasa a Nagatsuka, cerca de Hiroshima. Se hace más exigente y radical consigo mismo. Durante la siesta alguien le sorprende limpiando los zapatos de los novicios. Nunca duerme más de cinco horas; con frecuencia sólo cuatro.

El 6 de agosto de 1945 Arrupe es testigo de la explosión de la bomba atómica en Hiroshima. Un relámpago, como un fogonazo de magnesio, corta el cielo. 80.000 hombres mueren en el acto; más de 100.000 quedan heridos. El noviciado, distante siete kilómetros del centro de la ciudad, es seriamente dañado, pero ninguno de los 35 novicios resulta herido. Desde un altozano percibe Arrupe la magnitud de la catástrofe. Hiroshima es un infierno ardiendo. *La bomba atómica había arrojado sobre la ciudad víctima la primera llamarada de un fuego blanco intenso. Y, al contacto de su calor terrible, todos los combustibles ardieron como cerillas metidas en un horno. Y, como si esto fuera poco, las viviendas de madera que se derrumbaban bajo la onda de la explosión, cayeron sobre las brasas de los hornillos caseros, que pronto se convirtieron en llamaradas de hoguera.*

Arrupe va a la capilla y pide luz al Señor en aquella terrible oscuridad. Decide convertir el noviciado en un improvisado hospital. Retoma los conocimientos de sus interrumpidos estudios de medicina. Y en condiciones de lo más primitivo y sin anestesia, debe hacer operaciones difícilísimas y limpiar heridas gravísimas. El dominio de sí mismo y la capacidad de sufrimiento de los japoneses le impresionan profundamente. De los 150 pacientes, que atendió durante meses, sólo dos murieron.

El 22 de marzo de 1954 es nombrado Viceprovincial de la Viceprovincia de Japón, que en 1958 es erigida Provincia independiente. Entonces, Arrupe es su primer Provincial. En aquel momento viven y trabajan en Japón jesuitas de más de 30 naciones. Esto hace que la provincia sea en sí misma un espejo de la Compañía de Jesús universal y un laboratorio apostólico internacional. Arrupe emprende numerosos viajes a Europa, América del Norte y América Latina, para conseguir ayuda de personas y de dinero. En uno de esos viajes vive un acontecimiento significativo. Una señora muy rica le invita a una charla en su casa. Allí le entrega

solemnemente, en presencia de amigos y periodistas, un sobre que Arrupe, con alguna impaciencia, abre en el camino de regreso. El sobre contiene el equivalente a un par de dólares. Al día siguiente aparece en un periódico una fotografía de este “generoso” dispendio.

El número de jesuitas crece en Japón, de 126 en el año 1954 a 426 en el año 1961. Arrupe desarrolla una impresionante actividad, para algunos demasiado acelerada. Por eso, el gobierno general de la Orden en Roma en 1964 nombra Visitador al holandés Padre George Kester, quien debe elaborar un informe sobre la provincia de Japón. Como General recién elegido, Arrupe se convertirá en el destinatario del informe. Y, comprensivo, comentará: *¡Pobre P. Kester!*

Superior General de la Compañía de Jesús

El 22 de mayo de 1965 Pedro Arrupe es elegido 28º General de la Compañía de Jesús. Su predecesor fue el belga Johann Baptist Janssens (1889-1964), que dirigió la Compañía desde 1942. En una ajustada elección, entre los cuatro candidatos salió elegido en la tercera ronda. El italiano Pablo Dezza, anterior rector de la Pontificia Universidad Gregoriana, era el candidato del ala conservadora. Sin embargo la mayor parte de los delegados de la Congregación General 31 deseaban un Superior General que trajese a Roma el aire fresco de una Compañía de Jesús misionera.

Como Superior General Arrupe introdujo un nuevo estilo de gobierno. Hasta entonces el General de los jesuitas había sido una figura lejana, invisible. Con Pedro Arrupe cobra rostro y, sobre todo, un rostro sonriente. Da gran valor a la comunicación directa. Se lo facilita su conocimiento de siete idiomas. A un periodista le confiesa que su hobby es hablar con la gente. Su atención a quien está hablando con él es ilimitada. Busca contactos con los medios y es un partner solicitado para entrevistas. En la curia instala un centro de Comunicación. Algo cambia también en la convivencia diaria de los más de cien jesuitas ocupados en tareas de dirección de la Orden. En el comedor se cambia el viejo orden monástico de asientos por mesas de a seis. Una cafetería con expendedores automáticos de bebidas favorece la comunicación informal. La casa central de la Orden se convierte en una casa de acogida de huéspedes. La revista Times presenta en portada su rostro con la inscripción “Pedro Arrupe y Pepsi Cola”. La Congregación General 31 le encarga visitar *in situ* a los jesuitas a lo largo y ancho del mundo. A finales de 1965 comienza el primero de sus muchos viajes al extranjero, que le lleva al Próximo Oriente y África.

De octubre a diciembre de 1965 Arrupe participa en la cuarta y última sesión del Concilio Vaticano II. En el aula conciliar tiene una intervención sobre el ateísmo - en 1965 el Papa Pablo VI había encomendado a los jesuitas, al comienzo de la Congregación General que eligió a Arrupe, la misión especial de afrontar el ateísmo - , y una segunda intervención sobre la actividad misionera en la Iglesia. El 27 de junio de 1967 Arrupe es elegido Presidente de la Unión de Superiores Mayores religiosos, con lo que llega a representar a más de 300.000 religiosos. Hasta 1979 es elegido reiteradamente, cuatro veces, para dicho cargo.

En agosto de 1968 Arrupe participa en la II Asamblea de Obispos de Latinoamérica en Medellín, Colombia, que de forma creativa traducirá el Concilio Vaticano II a la situación de América Latina. Los obispos juzgan la inhumana situación de pobreza de la mayor parte de los hombres y mujeres en el subcontinente desde la voluntad liberadora de Dios. Desde la fe y los fundamentos bíblicos sacan como consecuencia la opción por los pobres. La Asamblea de los Obispos y la teología de la liberación, nacida en aquel entonces, se fecundan mutuamente. Arrupe ve en ello una importante confirmación de su especial preocupación por la justicia en el mundo.

El 8 de septiembre de 1973 convoca la Congregación General 32, y considera que ésta es la decisión más importante de su generalato. Dicha Congregación tiene lugar del 1 de diciembre 1974 al 7 de marzo 1975. Y define la misión de los Jesuitas en el mundo actual en términos de “lucha por la fe y lucha por la justicia”. Esta decisión fundamental tendrá que ser asumida conscientemente por la Compañía a través de un proceso difícil. Conducirá a tensiones y conflictos, tanto con regímenes totalitarios, sobre todo en América Latina, como con grupos de Iglesia, aferrados a una estricta separación entre fe y política. Una de las últimas decisiones importantes de Arrupe será la fundación, el 14 de noviembre 1980, del Servicio Jesuita de Refugiados, para reaccionar a la catástrofe humanitaria de los refugiados vietnamitas.

La Congregación General 31 había posibilitado un procedimiento para que el General de la Orden pudiera retirarse por motivos de edad. Al comienzo de 1980 Arrupe dio los primeros pasos en ese sentido, pero el Papa Juan Pablo II lo frenó con el argumento de que la Compañía de Jesús no estaba todavía preparada para una Congregación General. Previamente, había que clarificar ciertas cosas. La comunicación entre Arrupe y el Papa se hace difícil. Ocurre el trágico atentado contra Juan Pablo II, el 13 de mayo 1981, en la plaza de San Pedro. El 7 de agosto de ese mismo año Arrupe -de regreso de Filipinas- en el aeropuerto de Roma sufre una trombosis cerebral. Pierde progresivamente el habla y se le paraliza la mitad derecha de su cuerpo. El resto de sus días quedará en una silla de ruedas y permanentemente necesitado de ayuda. El 6 de octubre de 1981 le visita el Cardenal Casaroli, Secretario de Estado, en su habitación de la enfermería, y le entrega una carta autógrafa del Papa Juan Pablo II en la que nombra al P. Paolo Dezza su delegado papal para la Compañía de Jesús, con plenos poderes de General de la Orden hasta la convocación de una Congregación General. La Congregación General 33, que finalmente se realiza en el otoño de 1983, elegirá al holandés P. Peter-Hans Kolvenbach como sucesor de Arrupe.

El estado de salud de Arrupe empeora continuamente. Después de una fuerte crisis en noviembre de 1985, su capacidad de comunicación se apaga paulatinamente. El 5 de febrero 1991, tras una larga agonía, muere lentamente en presencia de su sucesor Peter-Hans Kolvenbach y de otros jesuitas especialmente cercanos. Cuando al final de la misa-funeral su ataúd es sacado de la iglesia, sucede algo extraordinario. La comunidad, en duelo, prorrumpie en un largo aplauso. En Arrupe muchos ven un santo.

Carisma de credibilidad

¿Dónde estuvo el secreto de la personalidad de Pedro Arrupe? ¿Qué le hizo una de las más conocidas personalidades eclesiales del postconcilio? Él mismo dijo una vez que las verdaderas historias de vida no se han escrito con tinta. Y tal vez la respuesta a estas preguntas tenga su fundamento en una frase central de los Ejercicios de San Ignacio: “El amor se debe poner más en las obras que en las palabras”. En términos actuales diríamos que se trata de coherencia personal entre teoría y praxis. Se trata de credibilidad. Pedro Arrupe es un extraordinario ejemplo de un hombre en quien convergen palabras y acción, anuncio y testimonio. No fue uno de los que dicen “Señor, Señor”, pero no hacen nada, sino que puso su vida al servicio de lo que anunciaba. Sus palabras llevaban el respaldo de su vida.

En su experiencia de misionero aprendió que ningún argumento puede convencer a los no-creyentes, si no va respaldado por un testimonio vivo. En este contexto cita a Gandhi: *Yo amo a Cristo, pero desprecio a los cristianos, porque no viven como Cristo*. El siguiente episodio muestra que el testimonio de vida es más importante que todas las prudentes teorías. Un profesor japonés le preguntó sobre la prueba de la existencia de Dios. Arrupe le expuso las pruebas clásicas, las “cinco vías” de Santo Tomás. Su interlocutor, sin embargo, no podía seguir el hilo de su argumentación. Arrupe se mostró dispuesto a empezar de nuevo. Entonces, el japonés le interrumpe: “No he entendido sus explicaciones, pero Usted es un “hotoke” (un ser perfecto). He observado durante meses su forma de vida y conozco ahora su convicción. El hecho de que su convicción de fe ha llegado hasta el fondo, me basta para convencerme de que lo que Usted dice es verdad”.

Arrupe aprende la lección de que *para un mundo que no quiere reconocer al Dios vivo, la prueba más impactante no es la lógica, sino una vida coherente con su conocimiento de fe*. Lo confirma también otra experiencia: Un anciano japonés participó durante medio año en las catequesis de Arrupe en la iglesia de la Paz de Hiroshima. Un día Arrupe le preguntó si lo entendía todo bien. El anciano no le respondió. Era sordo. Cuando luego Arrupe logró dialogar con él, el buen anciano le dijo: “Durante todo el tiempo le he estado mirando a sus ojos. No mienten. Lo que Usted cree, lo creo yo también”.

Esta credibilidad personal le caracterizó también como General de la Compañía. Su autenticidad, su unidad interior, su sencillez, la transparencia de su alma convencieron más aún que sus palabras y actividades. Contempló al mundo y, sobre todo, a las generaciones jóvenes, saturadas de palabras y discursos. Exigían hechos y testimonios de vida. *Esto supone que se vive el evangelio radicalmente, sin recortes (sin glosa), que se ama al prójimo, como Cristo lo ha amado, hasta la entrega de su propia vida, esto es, viviendo desinteresado, pobre, en servicio de los demás*.

Lo que da la medida de la convergencia de palabra y obras, de anuncio y testimonio, es Jesucristo. En su “Oración a Jesucristo modelo”, al final de su conferencia sobre “El modo nuestro de proceder”, dice: *Ésa es la imagen tuya que contemplo en el evangelio, ser noble, sublime, amable, ejemplar, que tenía una perfecta armonía entre vida y doctrina*.

Arrupe vivió austeridad y pobreza de una manera personal muy exigente. Siendo General lavaba él mismo su propia ropa. Recibía un regalo y lo daba a otros, no pocas veces en el acto, y no siempre a gusto de los que se lo regalaron. Su sueño fue vivir en la vía Appia con los pobres de Roma. Pero sus consejeros le disuadieron porque esto les haría sentir mal a los que se quedarían en la Curia, pues llevaban tiempo viviendo allí.

Para Arrupe, la credibilidad se fundamenta en la fe. Y en la vida del jesuita está estrechamente vinculada a los votos: *Para nosotros, jesuitas, el testimonio de vida está hecho de pobreza, sencillez, entrega al servicio sin reservas, vida en contacto con los pobres, obediencia, disponibilidad, castidad. Todo ello vivido en un grado tal, que no pueda encontrarse más explicación que nuestra fe en Dios Padre y en Jesucristo.*

2. Fe y Justicia

Desde que Pedro Arrupe, estudiante de medicina, se encontró con la miseria de los suburbios de Madrid, el tema de la justicia le marcó para siempre. El problema de la justicia, en su dimensión mundial, fue para él uno de los más importantes signos de los tiempos. Ante todo hay que estar claros en que para Arrupe la justicia no fue sólo un problema de ética social, sino una cuestión teológica muy profunda, que hunde sus raíces en el mismo Dios. La síntesis apostólica de la Compañía de Jesús desde sus orígenes: “ayudar a las almas”, la tradujo Arrupe para nuestros tiempos como *ser hombres para los demás*. Así había formulado Dietrich Bonhoeffer la esencia del ser cristiano. En una situación de injusticia y miseria brota, exigente, una particular dedicación a los pobres, la opción por los pobres. Opción que tiene su fundamento ya en san Ignacio, en su criterio de selección de ministerios para los jesuitas: ir allí donde hay “mayor necesidad”, donde los hombres sufren y nadie se preocupa de ellos.

Se trata no sólo de la salvación de las almas, sino -tomando la totalidad del ser humano, cuerpo-alma-ser, de atender también a las condiciones de vida materiales. Esta mirada globalizante de la salvación está en el centro del Concilio Vaticano II. Para Arrupe, como Superior General, fue una prioridad urgente traducir el Concilio para la Compañía de Jesús y ponerlo a producir. Una vez llegó a decir que el Vaticano II hace posible a la Compañía de Jesús ser hoy más ignaciana que en tiempo de san Ignacio. La Compañía realizó su *aggiornamento* en la opción fundamental por la fe y la justicia y en la opción por los pobres, como dimensión transversal de todos sus trabajos. Así definió la Congregación General 32, 1974/75, la misión de los jesuitas. Arrupe no tuvo duda ninguna de que una renovación de la orden, en esa dirección, era voluntad de Dios

La salvación de todo el hombre

En la teología y en la Iglesia preconciatares existía una fuerte división entre el orden temporal y el trascendente, entre la historia del mundo y la historia de la

salvación, entre la Iglesia y el mundo. A esto correspondía una concepción de espiritualidad en la que también estaban claramente separados Dios y mundo, cuerpo y alma, contemplación y acción. La vida en este mundo era considerada como una especie de estación de paso en el camino hacia la eternidad. Por eso la Iglesia tenía que ocuparse de la salvación de las almas. Su primer objetivo tenía que ser que la mayor cantidad posible de seres humanos “llegase al cielo”. Para ello los medios más importantes eran los sacramentos.

Cuando en su alocución de apertura del Vaticano II el Papa Juan XXIII exhortó a dar un “salto hacia delante”, pensaba, sobre todo, en que había que orientar de forma nueva y distinta la relación Iglesia-mundo. La Iglesia dejó de concebirse como una fortaleza y proclamó su decisión de ponerse al servicio del mundo y de los hombres. Fue como un giro copernicano. En el centro de la Iglesia ya no están los propios intereses y derechos, sino el bien de los hombres, más aún, de todos los hombres. Para Juan XXIII esto significa que “la Iglesia no debería ocuparse más de sus propios problemas, sino de servir a toda la humanidad en su búsqueda de justicia, paz y unidad”. Con esto introdujo la realidad de lo social y de lo político en la competencia y la responsabilidad de la Iglesia. Su sucesor, el Papa Pablo VI, proclamó exactamente lo mismo en la alocución de clausura del Concilio. “Más que nunca estamos alineados en servir al hombre como tal, no sólo a los católicos, por eso en defender en primera línea y por todas partes, los derechos de la persona humana y no sólo los de la Iglesia católica”. La Iglesia se orienta a todos los hombres, independientemente de su confesión y de su pertenencia religiosa. Después de una larga y acalorada resistencia, la Iglesia se apropiaba la idea de los derechos humanos.

La Iglesia que se pone al servicio del mundo y de los hombres volvió a mirar atrás, a sus orígenes, y, de nuevo, se asemejó más a Jesús. Jesús mismo había tenido como contenido de su vida “servir”. En la última cena lavó los pies a sus discípulos y les invitó a lavárselos unos a otros. En estrecha conexión, los pequeños y los insignificantes fueron para Jesús los más importantes: los niños, los pobres, los marginados. Esto es lo que aparece en el primer párrafo de la famosa Constitución pastoral del Concilio: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanza, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”.

Para Juan XXIII, y también para Pedro Arrupe, la renovación eclesial significa que la Iglesia está atenta a los “signos de los tiempos” y se deja orientar por ellos. Precisamente en la realidad de los signos de los tiempos quedaba superada la rígida separación entre Dios y mundo. Pues los signos de los tiempos son, por un lado, acontecimientos y fenómenos históricos. Pero son también, como señala la Constitución Pastoral del Concilio, signos de la “presencia o del proyecto” de Dios. Son, como los sacramentos, algo así como mediaciones de la unión entre Dios y el mundo. En los signos de los tiempos se hace presente, también, una dimensión sacramental de la historia. En ella y por medio de ella Dios puede mostrar su presencia y su voluntad. Sin embargo, no cualquier signo histórico es un signo de los tiempos. Es necesario discernirlos e interpretarlos. El criterio más importante de discernimiento lo menciona de nuevo la Constitución Pastoral del Concilio. Hay que

interpretarlos “a la luz del Evangelio”. Esto quiere decir que la Sagrada Escritura es el criterio decisivo para juzgar si un fenómeno histórico es verdaderamente signo de los tiempos. Por otra parte, también es verdad, a la inversa, que los signos de los tiempos pueden sacar a luz nuevas dimensiones y perspectivas en la Biblia.

En este sentido Arrupe habla una y otra vez de los signos de los tiempos. El discernimiento de esos signos es una tarea común, de todos los jesuitas. Con ello Arrupe renovó también la antigua tradición jesuítica del discernimiento espiritual comunitario, como lo habían practicado los fundadores de la Compañía. No sólo por medio de los superiores, sino también por medio de la interpretación en comunidad de los signos de los tiempos, puede Dios comunicar su voluntad a la Compañía de Jesús.

Dios quiere justicia

La exigencia de la justicia universal se convierte para Arrupe en el más importante signo de los tiempos. No tuvo la más mínima duda de que la misión de la Compañía en el mundo de hoy encuentra su fundamento en la lucha por la fe y por la justicia, y que esto viene de Dios. En su conferencia sobre “La inspiración trinitaria del carisma ignaciano” esbozó esta raíz teológica: *En las personas divinas está el modelo supremo del “hombre para los demás”*. Ser hombre para los demás significa comprometerse en su salvación total, que comprende también las condiciones sociales de vida. Así, lo social no es sólo una dimensión ética, sino una dimensión teológica de la fe cristiana. El Dios en quien creen los cristianos es un Dios de la vida. Ha enviado al mundo a su Hijo, para que los hombres “tengan vida en plenitud” (Jn. 10, 10). Esta vida no se agota en las condiciones materiales, pero un minimum material de existencia es presupuesto para una vida humana digna y plena. Donde falta este minimum hay que obedecer a un mandamiento de justicia para procurar ayudas y cambios. El compromiso por la justicia se convierte, así, en un componente consistente, integral, de la evangelización y del anuncio de la fe.

En el apartado final de su conferencia Arrupe fundamenta cómo precisamente en esto consiste la renovación del carisma ignaciano para nuestro tiempo, tal como lo ha exigido el Concilio. La situación del mundo hiere profundamente nuestra sensibilidad de jesuitas, y *pone en tensión las fibras más íntimas de nuestro celo apostólico y las hace estremecerse*. Se llega aquí a lo fundamental. Objetivo y tarea de la Compañía de Jesús desde sus orígenes es la defensa y el anuncio de la fe. Arrupe empalma con esto, pero da un decisivo paso adelante. La fe mueve a la caridad, pero también, a la inversa, es movida por ella. A la vista de la necesidad del mundo, el amor debe realizarse en la justicia. Esto lleva a la conclusión decisiva: *La lucha por la fe, la promoción de la justicia, el empeño por la caridad son nuestra ambición, y en eso tenemos nuestra razón de ser*. Nuestra renovación de acuerdo a los signos de los tiempos consiste en dejarnos penetrar por esta idea, vivirla con toda la intensidad del ‘magis’ ignaciano. De esta manera deberíamos llegar a las fuentes del carisma trinitario ignaciano: la esencia divina, que es amor.

Era necesario que la Compañía se reorientase de nuevo, cambiase, se convirtiese. Para Arrupe este proceso estaba fundamentado en los Ejercicios: *La Compañía reconoció sus deficiencias pasadas en el servicio de la fe y promoción de*

la justicia y se preguntó a sí misma ante Cristo crucificado qué ha hecho por Él y qué debía hacer por Él. A los pies, del Crucificado, por amor, eligió la participación en esta lucha como punto focal que identifica en la actualidad lo que los jesuitas hacen y son. Ignacio en los Ejercicios quiere orientarnos ante todo, a seguir a Jesús “pobre y humilde”, a hacerse cada vez más semejante a Él y a colaborar en su obra de salvación.

Los pobres son vicarios de Cristo

El Papa Juan XXIII, pocas semanas antes de la apertura del Concilio Vaticano II, en una alocución por radio habló del problema de la pobreza en el mundo como una urgencia decisiva para el Concilio. La Iglesia -recalcaba- es en verdad para todos, pero quiere ser, de manera especial, “Iglesia de los pobres”. Con esto quiso proponer al Concilio un tema central y una orientación programática. Obispos como don Hélder Câmara de Brasil y el Cardenal Giacomo Lercaro de Bolonia introdujeron el tema de la pobreza y de la justicia, una y otra vez, en los debates del Concilio. Sin embargo no se logró que llegase a ser el eje alrededor del cual girase todo, como lo había deseado Juan XXIII.

Esto se hizo realidad en la II Asamblea General del Episcopado Latinoamericano en Medellín en 1968, en la que participó Pedro Arrupe. En el centro de los documentos de Medellín está lo sustancial de la opción por los pobres, aunque no se formule literalmente. Arrupe hizo suya, totalmente, esta visión de Medellín. Siguiendo el ejemplo de Cristo, la Iglesia debe ser, ante todo, la Iglesia de los pobres y de los oprimidos. Según Arrupe aquí se juega, principalmente, la credibilidad de la Iglesia: *La Iglesia de Cristo, en cuanto tal, ha de mostrarse precisamente en este mundo como Iglesia de aquellos hombres que, según la palabra del Señor, representan el más seguro criterio del amor: los pobres, los tiranizados, los perseguidos, los expulsados y los desesperados. Si falseamos o trastocamos esta palabra del Señor, hemos cometido delito de alta traición a su mensaje.*

Amor a Dios y amor al prójimo sólo pueden entenderse, según la Biblia y la teología, en íntima unidad. Tanto el relato del juicio final en el evangelio de Mateo (Mt. 25, 31-46), como la primera carta de Juan, dejan bien claro que no puede darse amor a Dios y a Cristo, sin amor al prójimo. Cristo se identificó con los hambrientos, los sin techo, los refugiados y los encarcelados. Ellos son sus representantes. Así, pues, amor al prójimo y compromiso por la justicia se relacionan inseparablemente. Y a la vista de la necesidad humana y el sufrimiento humano amor al prójimo y justicia deben fundirse. El anuncio de la fe y la lucha por la justicia no son en la Compañía tareas separables una de otra, sino dos caras de la misma moneda de la misión apostólica de ser “hombres para los demás”.

El poner juntas fe y justicia también tuvo repercusiones en el cumplimiento del encargo especial de afrontar el ateísmo que el Papa Pablo VI había dado a la Compañía. Arrupe insistió una y otra vez en que no se trata de una negación de Dios teórica, sino práctica. Ateísmo práctico era para él acaparar poder y riqueza a costa de los pobres. En figura moderna reaparecen los viejos ídolos: realidades caducas, que se consideran absolutas y a las que son sacrificados seres humanos;

son ídolos de la muerte en figura de sistemas y estructuras injustas: *La tentación de adorar ídolos falsos no es algo exclusivo de los pueblos primitivos, ni de los tiempos bíblicos, ni de los tiempos modernos. Los ídolos falsos de nuestra civilización actual son mucho más insidiosos, por ser más refinados y más disfrazados.*

Todavía hoy se repite que, por causa de su compromiso social, la Iglesia se aleja de su tarea “específica”. Pero lo único que esto muestra es que no se ha comprendido ni se ha llevado a la práctica el paso adelante que fue central en el Concilio y en las encíclicas sociales de los Papas. Con la Constitución pastoral *Gaudium et Spes* Arrupe afirma que “las actividades asistenciales y de desarrollo son parte de la misión evangelizadora de la Iglesia”. Con la Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* Pablo VI refuerza: “Entre evangelización y promoción humana (desarrollo, liberación...) existen efectivamente lazos muy fuertes”. Por ello Arrupe percibe la crisis de fe de cientos de millones de católicos en el mundo actual no en el materialismo ni en una débil reflexión teológica, sino en las brutales carencias vitales de la existencia. Y ello se agrava más porque los hombres y mujeres de los países pobres están hoy muy bien informados por los medios de comunicación social y el turismo mundial sobre el bienestar del así llamado primer mundo.

De las limosnas a las estructuras

Para Arrupe es claro que los grandes problemas sociales del mundo no se pueden resolver sólo caritativamente, con limosnas, sino que deben ser abordados estructural y políticamente. El obispo Hélder Câmara lo expresó precisa y concisamente: “Si doy pan a los pobres, dicen que soy un santo. Pero si pregunto por qué los pobres no tienen que comer, me llaman comunista”. Aludiendo a la parábola del buen samaritano, Arrupe formula lo mismo: *Sin duda ninguna el amor cristiano supone vendar las heridas de quienes han caído en manos de ladrones y se desangran al borde del camino. Pero el deber de los cristianos es también evitar que los hombres inocentes nunca más caigan en manos de ladrones.* Sin embargo, el que toca las estructuras y las cuestiona, fácilmente corre el peligro de perder su vida a manos de quienes se aprovechan de las estructuras.

Arrupe no pierde de vista la responsabilidad personal de cada uno en el plano de las estructuras. Las estructuras de la sociedad no son un producto natural, están hechas por hombres y de ellas son responsables los hombres. Por eso el cambio de estructuras debe ir a la par de la conversión personal: *Los terribles problemas humanos, que angustian a nuestros contemporáneos, no serán solucionados con leyes y reformas de estructuras, si antes no se cambia el corazón humano. En efecto, el hombre es quien crea las estructuras y los diferentes sistemas económicos.* El medio más apropiado para lograrlo lo ve en los Ejercicios, que tienen una dimensión social. La conversión y el “ordenar la vida” no deben quedar encerrados en el campo individual sino que deben acreditarse y verificarse en la construcción de un orden social justo.

El problema de la justicia a escala mundial para Arrupe es, además, cuestión de saber y de conciencia. Muchos hombres en los países ricos no tienen ni idea de las infames condiciones de vida en las que tienen que vivir millones de seres humanos. En consecuencia, no son conscientes de la responsabilidad que tienen en

esta injusticia. Para cambiar esta situación es necesario un cambio de conciencia. Este cambio surge rápidamente como fruto de una experiencia personal. Es ésta una lección que Arrupe aprendió en sus 27 años de actividad misionera. *Hay que hacer experiencias personales. Hay que experimentar en el propio cuerpo los problemas de quienes padecen necesidad. ¿Qué pueden saber del hambre los que padecen exceso de calorías? ¿Qué idea de las condiciones de vida materiales, sociales y espirituales del mundo de los parias podemos hacernos desde las butacas del primer mundo? Ninguna que valga la pena.* Por eso, Arrupe desea que los jesuitas, al menos durante algún tiempo, experimenten en su propia carne situaciones de necesidad social, y que allí lleven a cabo su apostolado. Ya Ignacio había establecido la regla de que los jesuitas profesores y científicos dediquen una parte de su tiempo a trabajar en catequesis de niños, cuidado de enfermos o pastoral de cárceles.

En este sentido Arrupe actualiza las iniciativas sociales, que Ignacio había concebido para su tiempo: *Yo me pregunto cual sería la actitud de Ignacio hoy ante los desastres de nuestra época: los fugitivos del mar, las multitudes hambrientas en el cinturón del Sahara, los refugiados y emigrados forzosos. O ante las miserias de esos grupos bien definidos de víctimas de una explotación criminal de parte de nuestra sociedad; los drogadictos, por ejemplo. ¿Sería equivocado pensar que él en nuestro tiempo hubiera hecho más, hubiera hecho las cosas de otra manera que nosotros?* Así, en los Estados Unidos Arrupe animó, en los años sesenta, a la fundación de un servicio jesuita de voluntarios que organizó la inserción de jóvenes en puntos socialmente candentes. Poco después fue fundado el Voluntariado europeo de Jesuitas, JEV, y la Misión jesuita de voluntarios, JMV, que también ofrecen programas de inserción en los países del sur. En el encuentro directo con la pobreza y la miseria se realiza un cambio de conciencia que con frecuencia cambia a estos jóvenes para el resto de sus vidas.

La difícil cuestión de la política

La lucha por la justicia lleva inevitablemente al campo de la política. Produce tensiones, y Arrupe cada vez se preocupó más por buscar el equilibrio adecuado. Por un lado, insistió en la independencia necesaria de los servidores del Evangelio de cualquier interés de los partidos políticos. Por otro lado, vio claro que la identificación con los pobres y oprimidos y la lucha por la fe y la justicia tienen una dimensión política.

También había que evaluar las consecuencias políticas en la planificación apostólica de la Orden. La nueva planificación exigió una revisión de las obras existentes. En una carta del 12 de diciembre 1966 a los jesuitas de América Latina Arrupe cuestiona críticamente lo que han hecho los numerosos colegios de jesuitas en América Latina. *¿No han estado casi exclusivamente al servicio de los ricos? Y en este contexto no tiene dificultad de hablar también de los pecados de los jesuitas.* La opción preferencial por los pobres debería incidir de modo concreto en los trabajos de la Compañía y, si fuera necesario, debería llevar también a dejar instituciones. En México fue muy llamativo el cierre de un colegio de larga tradición.

La flexibilidad para desprenderse de apostolados y asumir nuevas tareas

pertenece, según Arrupe, a las características esenciales de la Compañía de Jesús. Por eso alerta a los jesuitas con urgencia: *La Compañía no puede dejarse atrapar por las estructuras del trabajo apostólico, que, por la exclusiva y absoluta preocupación por las necesidades presentes, pudieran convertirse en una verdadera trampa. Debe defender su capacidad de asumir nuevos trabajos y de cambiarse a sí misma, como lo exija la atenta contemplación de los grandes problemas de la humanidad.*

La opción fundamental por la fe y la justicia puso en cuestión viejas alianzas. Esto se notó con claridad en las reacciones a una conferencia que en 1973 Arrupe dirigió a los antiguos alumnos de los colegios de la Compañía de Jesús en España. En dicha conferencia dijo que el sistema de educación dominante en todo el mundo da poca importancia a los problemas sociales. Surgieron preguntas que a algunos de los oyentes causaron desaliento: *Pero nosotros, jesuitas, ¿os hemos educado para la justicia? Si, al término 'justicia' y a la expresión 'educar para la justicia' le damos toda la profundidad de que hoy la ha dotado la Iglesia, creo que tenemos que responder con toda humildad que los jesuitas no os hemos educado para la justicia tal como Dios la exige de nosotros, y creo puedo pedirlos también a vosotros la humildad de responder igualmente que no, que no estáis educados para la justicia y que tenéis que completar la formación recibida.*

Arrupe sacó la siguiente conclusión: *Esto significa que debemos trabajar juntos por llenar estos vacíos y para dar a la educación que ofrecen nuestros colegios un nivel que responda a las exigencias de justicia en el mundo actual. Esto no será fácil, pero lo tenemos que conseguir.* Las resistencias fueron más fuertes de lo esperado. Y como reacción a este discurso, el presidente de la Asociación de Antiguos Alumnos presentó la dimisión. Arrupe hablaría más tarde de una cierta aversión a esta adaptación social y cristiana, que se podía observar en algunos antiguos alumnos.

El misterio de Dios en los pobres

En Arrupe, el encuentro con los pobres va unido cada vez más a profundas experiencias espirituales. Particularmente impresionantes son sus recuerdos de una misa en uno de los suburbios de miseria en América Latina. En la consagración siente, en completo silencio, la alegría del Señor entre aquellos que él ama. Esta experiencia es para él más importante que las grandes recepciones de los poderosos de la tierra. Después de la misa un sujeto larguirucho de aspecto patibulario le invita a ir con él. Al principio Arrupe duda, pero luego acepta la invitación. El hombre le lleva a su pobre chabola y le ofrece una tumbona. Desde su asiento Arrupe puede ver por una ventana abierta la puesta del sol. “¿No es esto bello?”, le pregunta el que le ha invitado. “Yo no sabía cómo agradecerle todo lo que Usted hace por nosotros. No puedo darle nada, pero pensé que a Usted le agradaría contemplar esta puesta de sol”. Arrupe habló muchas veces de este extraordinario regalo.

Estas experiencias unieron a Arrupe con el Arzobispo de El Salvador, Oscar Romero. Era gran amigo suyo. También Romero hizo la gozosa experiencia de encontrar el misterio de Dios en los pobres de su pueblo. Esto desencadenó en él

un proceso de transformación que algunos interpretan como conversión. Resuena en conocidas frases suyas: “He conocido a Dios, porque he conocido a mi pueblo”. “El obispo debe aprender mucho de su pueblo”. “Con este pueblo no cuesta ser buen pastor”. Algo semejante confiesa Arrupe: él ha ido a la escuela de los pobres y ha aprendido mucho de ellos.

Los pobres son también punto de referencia cuando, novedosamente, Arrupe intenta acercar a la Compañía la devoción al Corazón de Jesús: *Si queréis, como personas y como Compañía, entrar en los tesoros del Reino y contribuir a edificarlo, con extraordinaria eficacia, haceos como los pobres a quienes deseáis servir. Tantas veces repetís que los pobres os han enseñado más que muchos libros; aprended de ellos esta lección tan sencilla: “Reconoced mi amor en mi Corazón”.*

Persecución por causa de la justicia

Jesús ya anticipó en las Bienaventuranzas del sermón del monte que comprometerse por la justicia lleva a ser perseguido. Ignacio de Loyola pidió persecuciones para la Compañía. Para Arrupe no había duda de que la persecución era consecuencia necesaria del seguimiento de Jesús. La opción fundamental por la fe y la justicia llevó a la Compañía de Jesús a una nueva persecución. La Congregación General 32 habló de “lucha bajo la bandera de la cruz”. Arrupe estimuló a los jesuitas a una *agresividad apostólica*, que no sólo prepara a la Orden para misiones difíciles, sino que la lleva a aceptar, como cosa natural, ser blanco de persecuciones. Esta lucha puede exigirnos sacrificios: *No trabajaremos por la justicia, sin pagar algún precio por ello*. Al final del monumental libro sobre Arrupe de Gianni La Bella se encuentran los nombres de 47 jesuitas que, desde la Congregación General 32, han sido martirizados por su compromiso con la fe y la justicia.

La persecución más intensa de todas fue la de los jesuitas en la pequeña nación centroamericana de El Salvador. Ignacio Ellacuría intentó poner la Universidad Centroamericana, fundada en los años 1960, al servicio de la justicia y la liberación. Junto a la investigación y la docencia, las publicaciones de la Universidad tuvieron gran importancia. En 1976, tras un crítico editorial contra la marcha atrás que la oligarquía había ocasionado a una incipiente reforma agraria, explotaron en el campus las primeras bombas. Pedro Arrupe escribió una carta a los jesuitas centroamericanos: *No puedo hacer otra cosa que alegrarme y felicitarles sinceramente porque han defendido la causa de los pobres y por eso son perseguidos*. Y con la carta les envió 5000 dólares para aliviar los daños causados.

El 12 de marzo 1977 fue asesinado el jesuita Rutilio Grande por orden de los grandes terratenientes. Como párroco de la comunidad de Aguijares, Rutilio había animado a los fieles a exigir sus derechos humanos fundamentales y una justa distribución de las tierras. Poco después aparecieron octavillas con la invitación: “¡Haga patria; mata a un cura!”. Todos los jesuitas recibieron un ultimátum para abandonar el país en el plazo de un mes, de lo contrario uno tras otro serían asesinados. Los jesuitas permanecieron en el país, aunque durante largo tiempo debían pasar la noche en lugares distintos. Arrupe lo explicó lapidariamente: *La Compañía de Jesús no se mueve con amenazas. Si fueran asesinados más*

jesuitas, celebraríamos un funeral y continuaríamos trabajando.

Rutilio Grande no fue la primera víctima de la Compañía de Jesús. Desde 1973 seis Padres y un Hermano habían sido asesinados en el T Chad, en Brasil y en la antigua Rodesia. Con ocasión de esos asesinatos el 19 de marzo de 1977 Arrupe escribió una carta a toda la Compañía. Su dolor por la pérdida de los compañeros, así decía Arrupe, se mezcla con una gran alegría por el hecho de que Jesucristo, por medio de estos compañeros, tiene un mensaje para la Compañía de Jesús. ¿Qué mensaje es éste? En estos hermanos asesinados nos muestra el Señor qué clase de testigos son necesarios en el mundo actual. *“Estos cinco compañeros fueron hombres de dones muy normales, de una vida sencilla, más o menos desconocidos; vivieron en pequeños pueblos y se ocuparon en el servicio diario a los pobres y enfermos”*. Sin ninguna duda, era la forma de poner en práctica el mandato de la Congregación General 32: la lucha por la fe y la justicia. Para Arrupe no había duda ninguna de que estos jesuitas son verdaderos mártires. En su martirio ve él confirmada la opción fundamental de la Congregación General 32.

Sobre la tumba de los seis jesuitas asesinados el 16 de noviembre 1989 por un escuadrón de la muerte del ejército salvadoreño reza una de las claves de la Congregación General 32: *“¿Qué significa ser jesuita hoy? Comprometerse bajo la bandera de la cruz en la decisiva lucha de nuestro tiempo: la lucha por la fe, que incluye la lucha por la justicia. No nos comprometeremos en la promoción de la justicia sin pagar un precio por ello”*.

3. Inculturación

Pedro Arrupe fue un cosmopolita, familiarizado con varias culturas. Como misionero hizo acopio de experiencias de cómo se puede hacer vivir el Evangelio en culturas lejanas. Después de haber gastado 27 años de su vida en Japón, tendió puentes entre Oriente y Occidente. Así, en su biografía se refleja el paso de una Iglesia de marca europea a una Iglesia universal, como la inició el Concilio Vaticano II. En la historia de las misiones, durante largo tiempo la cristiandad europea pasó por encima de las culturas extranjeras. Todavía hace pocos años apenas se podía detectar diferencias entre la celebración de la misa en Europa, en India, en América Latina. El Concilio dio un paso importante con la introducción de las lenguas vernáculas en la liturgia. Además, las iglesias locales particulares deben establecer expresiones de la fe cristiana litúrgicas, teológicas y culturales propias.

Inculturación quiere decir nueva creación

Fue Pedro Arrupe quien introdujo en la Iglesia católica el concepto de inculturación. Mucho antes de que surgiera el slogan “lucha de culturas”, en una visión profética de futuro buscó el encuentro amistoso y fructífero de las culturas. La Congregación General 32 aprobó un breve decreto sobre “Inculturación de la fe y la vida cristiana” y encomendó a Arrupe un desarrollo más amplio del tema, lo que Arrupe cumplió en su “carta sobre inculturación” a toda la Compañía, del 14 mayo 1978. En ella describe el concepto en forma densa: *“Inculturación es la encarnación de la vida y mensaje cristianos en un área cultural concreta y de tal manera que esa*

experiencia no sólo llegue a expresarse con los elementos propios de la cultura en cuestión (lo que no sería más que una adaptación superficial), sino que se convierta en el principio inspirador, normativo y unificador que transforme y re-cree esa cultura, originando así ‘una nueva creación’”.

Merece la pena profundizar en esta descripción de inculturación. En primer lugar es importante el concepto de encarnación. Encarnación significa el hacerse hombre del Hijo de Dios. Dios se aventura en este mundo, en su historia y en una determinada cultura. En definitiva, Jesucristo mismo es el modelo de inculturación. El movimiento de la encarnación va de arriba hacia abajo, de la omnipotencia divina a la impotencia humana de un niño. Por eso la inculturación, según su orientación fundamental, debe ir “hacia abajo”. No puede aspirar al poder, sino que debe conducir a servir a los necesitados. Inculturación, compromiso por la fe y la justicia y opción por los pobres son realidades hermanas.

Más adelante Arrupe distingue entre inculturación y una simple adaptación que solamente hace suyos algunos elementos de una cultura. La verdadera inculturación de la fe cristiana significa que ésta anima la cultura, la transforma y la renueva, de manera que surge una “nueva creación”. Por eso ni la fe cristiana, ni la correspondiente cultura deben permanecer inalteradas. Dicho en el lenguaje plástico de la germinación de la semilla, ésta depende normalmente de determinadas condiciones del clima y del suelo. Sin embargo, la semilla del Evangelio puede germinar y crecer en las más diversas culturas, y producir en cada una de ellas diferentes plantas y frutos. Otra imagen para un cristianismo inculturado es, según Arrupe, *el variado tejido de la realidad cultural del único Pueblo peregrino de Dios.*

La inculturación supone que el Espíritu de Dios actúa en todas las culturas y que cada cultura puede recibir y asumir el Evangelio. Supone, además, que ninguna cultura debe ser considerada en principio como superior a otras, y que por ello el cristianismo, en su forma occidental, no debe ser considerado normativo para otros espacios culturales. Finalmente, ninguna cultura puede considerarse perfecta ni ninguna configuración de la fe cristiana debe ser tenida como absoluta, ni siquiera la romana.

De esta forma el tema de la inculturación aparece en estrecha conexión con las relaciones entre Iglesia universal e Iglesias locales, primado papal y colegialidad episcopal. Para este problema no hay todavía una solución satisfactoria, y hasta hace pocos años ha sido incluso objeto de una “confrontación amistosa” entre los cardenales Joseph Ratzinger y Walter Kasper. El Concilio quiso expresamente una mayor independencia de las Iglesias locales. Sin embargo, el centralismo romano ha vuelto a crecer en los últimos años. La Iglesia católica vive desde siempre en la tensión entre pluralidad cultural y defensa de la unidad. Resolver esta tensión unilateralmente tocaría el nervio vital de la Iglesia.

Inculturación en Ignacio

Para Arrupe el contenido teológico del término inculturación ya está presente en los escritos de Ignacio, y así, para su comprensión de la inculturación, pone a producir diversos principios de la espiritualidad ignaciana. Un ejemplo

especialmente plástico lo ofrece la contemplación de la Encarnación de los Ejercicios, en la que se describe la humanidad en su diversidad cultural desde la perspectiva de las divinas personas: “en tan gran diversidad, así en trajes como en gestos: unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando otros riendo, unos sanos otros enfermos, unos naciendo otros muriendo, etc.”. Así están, ya en principio, todos los pueblos de la tierra en la mirada de la salvación divina. Dios quiere que todos los hombres se salven.

Y los Ejercicios comienzan con una regla fundamental de la comunicación humana: “salvar la proposición del prójimo”. Se trata de un anticipo de confianza, de una benevolencia fundamental. Según Arrupe esta actitud fundamental es de un valor inconmensurable para la inculturación.

La inculturación de la fe cristiana debe estar dirigida por el Espíritu Santo. Esto supone docilidad al Espíritu, un escucharle permanente y atento en oración. Y en conexión con ello, también la indiferencia, no en el sentido de indolencia (¡todo da igual!), sino en el de apertura para recibir y para dar. Así, en la inculturación se inscribe la concepción ignaciana del amor como comunicación: “El amor consiste en comunicación de las partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene y puede y así, por el contrario, el amado al amante”. Para el intercambio entre las culturas esto significa que éstas pueden mutuamente enriquecerse y fecundarse. Arrupe consiguió especialmente que los japoneses pudieran gustar la música europea. Y al contrario se apropió del arte del tiro al arco, que le proporcionó una nueva comprensión de la concentración dirigida a un objetivo.

Para una inculturación lograda, el discernimiento ignaciano es de gran importancia. Discernir supone la capacidad de seguir la pista de las diversas aspiraciones del ser humano hasta su origen para distinguir si proceden del buen o del mal espíritu. Aplicado a la inculturación, se debe discernir entre lo que es inalienable y esencial en la fe cristiana y lo que sólo es ropaje exterior de una determinada cultura en la que la fe es vivida. Es un viejo problema preguntarse, por ejemplo, si también en las culturas que, a diferencia de la tradición judía occidental no conocen el pan y el vino, la Eucaristía tiene que ser celebrada con pan y vino. También es objeto de discernimiento qué valores son universales y obligatorios de modo general y cuáles son específicos de culturas particulares.

En sus instrucciones a los jesuitas que iban a países de misión, Ignacio les exhorta expresamente a aceptar las costumbres de aquellos pueblos y, sobre todo, a aprender su lengua. Una y otra vez les recomienda la inserción en la situación concreta, en las circunstancias particulares de cada nación, lugar, idioma, mentalidades diversas, temperamento personal. En esto se basó el secreto del éxito de los misioneros jesuitas que llegaron hasta Pekín, hasta los mandarines imperiales. Pero la misión de los jesuitas en China es también un triste ejemplo de la más que prudente prohibición eclesiástica, que impidió una posible cristianización de China.

La inculturación está también relacionada con otro principio ignaciano de su modo de proceder: entrar por la puerta del otro y salir por la propia. No hay que

entender esto como una sutil estrategia de infiltración. Tomar en serio la idea de la inculturación incluye que el otro puede salir por su propia puerta. No hay ninguna duda de que, durante sus 27 años en Japón, Arrupe se transformó apropiándose muchos aspectos de la cultura japonesa.

La inculturación supone un equilibrio entre la conservación de lo propio y la inmersión en lo ajeno. Arrupe habla de *sanos impulsos proféticos* que nos guían a riesgos calculados. En el proceso de inculturación se necesita una larga paciencia. Y finalmente, quien está profundamente enraizado en la Iglesia, puede llegar hasta el límite y hasta la frontera en el encuentro con otras culturas y religiones.

En la inscripción del sepulcro de san Ignacio quedó sintetizada una característica esencial de este espíritu ignaciano: “Es divino no dejarse encerrar por lo más grande y, sin embargo, estar encerrado en lo más pequeño”. Arrupe aplica este principio a la inculturación en el sentido de que lo concreto y específico debe ser tenido en cuenta hasta el más pequeño detalle cultural, sin renunciar a la amplitud y universalidad de aquellos valores humanos, que ninguna cultura puede realizar por completo. En relación con la inculturación Arrupe habla de todo el mundo como de una única familia, visión que, en tiempos de globalización, adquiere nueva actualidad.

En cierta manera Arrupe aplica la idea de la inculturación a la misma Compañía de Jesús. El carisma de Ignacio se debe encarnar en las diversas culturas en las que vive la Compañía. Así, por ejemplo, desde hace tiempo, en la India se ha dado importancia, a que la teología fuese enseñada en las lenguas del país. Arrupe saludó esta iniciativa y la impulsó expresamente. También la renovación de la Compañía, acomodada a nuestros tiempos, tal como lo impulsó el Concilio Vaticano II, significa un proceso de inculturación del carisma fundacional en las circunstancias actuales.

Inculturación también en Europa

Durante su estancia en Japón, Arrupe tuvo que experimentar dolorosamente las fronteras de comunicación entre las culturas. Sin embargo, en el correr de los años, se convenció de que ninguna otra civilización podía ser tan fecundada y animada por el Evangelio como la oriental: *Los orientales tienen una grandísima estima de los valores evangélicos. La llevan, casi diría, en la sangre. En su tradición respetan la pobreza, la sencillez, la autenticidad, la sabiduría, la contemplación. Tienen un sentido casi connatural de las cosas y de Dios. El Evangelio de Cristo les revelará quiénes son realmente, penetrará su espíritu transformándolo.* Sobre ello Arrupe basó su esperanza de que un día China se abriría al Evangelio.

Ante la creciente secularización e indiferencia religiosa, creció en Arrupe la convicción de que en Europa se necesita una nueva inculturación del cristianismo. Ya en 1967 el Papa Pablo VI señaló la ruptura entre evangelio y cultura como el gran drama de nuestra época. Característica de la cultura moderna es su cambio constante, de modo que el cambio se ha convertido en estado permanente. La fe cristiana no tiene que amoldarse, simplemente, a este cambio, pero no puede ignorarlo. Los cambios culturales, entendidos según la comprensión de inculturación

de Pedro Arrupe, conducirán en Europa a nuevas formas del mensaje cristiano y de sus mediaciones.

Para acercar a los jóvenes europeos a la fe cristiana es necesario caminar nuevos caminos. Los jesuitas ingleses han reunido interesantes experiencias con los llamados "Podcasts". Son archivos de datos de audio y de video, que pueden ser bajados por internet. Gozan de gran popularidad entre la juventud. Bajo "www.prayas-you-go.org", se encuentran podcasts espirituales, que invitan a la oración y meditación. Durante un año fueron descargados más de dos millones de dichas invitaciones a la oración. También hay un creciente interés por los Online-Ejercicios en internet.

La creciente movilidad y migración plantean de manera nueva el reto del diálogo interreligioso. La fe cristiana debe inculturarse nuevamente en un ámbito multireligioso. En los últimos años los jesuitas alemanes se han especializado y comprometido especialmente en el campo del diálogo cristiano-islámico. Las cárceles son focos de encuentro interreligioso. Hay jesuitas que trabajan en la pastoral con extranjeros, presos por estar ilegalmente en Alemania y a la espera de ser expulsados del país. Con la oración interreligiosa en las cárceles están pisando tierra virgen pastoral. Pedro Arrupe, ciertamente, hubiera gozado con esta prolongación de su idea de la inculturación.

4. Conflictos

Peter-Hans Kolvenbach, con ocasión del décimo aniversario de la muerte de Pedro Arrupe, escribe en una carta a toda la Compañía del 18 enero de 2001 que Arrupe fue, como todo testigo profético, un signo de contradicción, tanto dentro como fuera de la Compañía, fue malentendido o no entendido en absoluto. Desde san Ignacio, Arrupe ha sido el General de la Compañía más querido, pero también el más controvertido. Tuvo que sacar adelante la renovación de la Compañía exigida por el Concilio contra resistencias de dentro y de fuera.

El Espíritu Santo actúa en el conflicto

De Pedro Arrupe se puede aprender mucho sobre cómo tratar espiritualmente los conflictos. Éstos pueden ser necesarios y espiritualmente eficaces. Fue muy claro en los conflictos de la comunidad cristiana primitiva. Se trataba de si los bautizados no-judíos debían someterse a la Ley judía y hacerse circuncidar. Un grupo conservador -en terminología moderna- alrededor de Pedro era decididamente de esta opinión. Otro grupo progresista alrededor de Pablo creía que con esto se ponía en cuestión el futuro de la joven Iglesia. Los Hechos de los apóstoles cuentan que se levantó "una violenta polémica". Pablo se refiere a este conflicto al comienzo de la carta a los Gálatas. Él se había opuesto a Cefas: literalmente, se había encarado con él.

Para la solución del conflicto es convocado en Jerusalén el así llamado Concilio de los apóstoles. Después de intercambiar argumentos, se llega a una unidad, de la que queda constancia escrita: "Es decisión del Espíritu Santo y

también nuestra no imponeros otras obligaciones, aparte de éstas que consideramos imprescindibles: no tomar alimentos que procedan de sacrificios a ídolos, no comer sangre ni cometer ninguna clase de inmoralidad sexual” (Hechos 15, 28-29). La decisión tiene carácter de compromiso, pero en realidad se impuso la posición de Pablo. Y el Espíritu Santo es mencionado expresamente: Él actúa por medio del conflicto y de la discusión. Dicho de otra forma: Si se hubiera ignorado el conflicto y evitado la discusión, no hubiera podido actuar el Espíritu Santo.

En este mismo sentido entiende Pedro Arrupe el significado de las crisis y conflictos en el curso de la historia de la Iglesia: *Las dificultades, las crisis, y hasta los errores, fueron, si no el origen, por lo menos la ocasión para una profundización de la doctrina de la Iglesia y para una mayor eficacia pastoral. ¡Cuántas veces se ha podido exclamar después: feliz culpa!* Tal vez es todavía demasiado pronto para decir nosotros este *feliz culpa* por los conflictos que Pedro Arrupe tuvo que soportar. Sin embargo, algo está fuera de discusión: los conflictos sacan a luz en forma extraordinaria su integridad humana y su humildad.

Conflictos internos

Gianni La Bella ha señalado que ya en los años 30 del siglo XX hubo tensiones en la Compañía entre una tendencia conservadora y otra progresista. Estas tensiones marcaron la Congregación General 31 y sus cambios. La Bella distingue tres grupos: una minoría conservadora y otra progresista en los márgenes; y una mayoría moderada y homogénea en el centro. Muy pronto después de la elección de Arrupe como General de la Compañía, el ala conservadora criticó públicamente su dirección de la Orden. Le echó en cara que no gobernaba con suficiente decisión y que trataba con demasiada tolerancia a los discrepantes. Al terminar la Congregación General 31 Arrupe dispuso que se realizase una investigación sociológica -el llamado “Survey”-, para conocer la situación real de la Compañía, con lo que se le reprochó aplicar una ciencia “profana” para analizar la situación de la Compañía. En su primera visita a Francia como Superior General causó “escándalo” su afirmación de que un jesuita, que observa fielmente sus obligaciones espirituales, no es automáticamente un buen jesuita. En una conferencia en la India repitió un reproche que circulaba contra él: *Un vasco fundó la Compañía de Jesús y otro vasco la echó a perder. ¡Solamente para que sepan cómo algunos piensan sobre mí!*

Especialmente fuerte fue la polarización en España, donde todavía persistían algunos coletazos de la guerra civil y la dictadura de Franco. En un Congreso sobre Ejercicios en Loyola en agosto de 1966, antes de la segunda sesión de la Congregación General 31, se reunieron unos 30 participantes con algunos delegados de la Congregación y prepararon un comunicado abiertamente crítico contra la dirección de la Orden por parte de Pedro Arrupe. En él se hablaba de la fidelidad a la auténtica vocación y del glorioso pasado de la Compañía al que se tenía que volver.

El documento llegó hasta el Vaticano. Una coalición de obispos conservadores españoles, algunos miembros de la curia vaticana y los mencionados jesuitas españoles, tomaron una clara postura contra las innovaciones de Arrupe.

En España surgió la amenaza de una escisión de la Compañía en jesuitas fieles a la tradición y progresistas. A comienzos de 1970 surgió, seriamente, la posibilidad de la fundación de una “provincia personal” con jesuitas de la “estricta observancia” en lugares propios. En esta situación los siete Provinciales españoles pusieron sus cargos a disposición del Papa, comunicándoselo a continuación a Arrupe, que respetó esta renuncia: *Yo sé de quién me he fiado*. Durante una visita de tres semanas a España en mayo de 1970, Arrupe, con su autoridad moral, controló la crisis. Y se conjuró el peligro de división.

Confianza ilimitada

Arrupe fue estricto en rechazar cualquier crítica a personas. La crítica, afirmó una y otra vez, debe dirigirse a realidades objetivas. Su confianza en las personas era ilimitada. Aun cuando en los conflictos con el Vaticano había indicios de que colaboradores de su entorno íntimo pasaron informaciones internas a las autoridades vaticanas, nunca actuó en consecuencia.

Arrupe sabía muy bien que también los jesuitas podían cometer errores. Esto se explica, en parte, por el carisma específico de la Compañía: desplazarse a los frentes de confrontaciones espirituales y de nuevos desarrollos. En una frase, que después fue muchas veces citada, durante una conferencia de prensa al final de la Congregación General 31 puntualizó: *“No quiero defender indiscriminadamente todo error que los jesuitas podamos cometer; pero el mayor error sería el temor a cometer errores, hasta el punto de renunciar simplemente a la acción”*.

Hasta donde le fue posible, Arrupe intentó defender a los jesuitas sometidos a crítica dentro o fuera de la Iglesia. Lo hacía por una profunda convicción y solidaridad interior. No entendía de floreos diplomáticos: *Si un jesuita tiene la impresión de que su Superior es un diplomático, se acabaron las relaciones verdaderas*.

Arrupe tuvo que ver también con el conflicto sobre la teología de la liberación. Muchos de los teólogos de la liberación fueron, y son, jesuitas. Característico de Arrupe fue que pronto sintió la necesidad de ser informado de forma directa sobre esta nueva teología. Por eso, en 1976 hizo ir a Roma a Jon Sobrino para, a lo largo de diez días, hablar de dicha teología con la sencillez de quien recibe una especie de clases particulares. Sobrino recuerda su fino estilo en replantear preguntas: *Veamos si he entendido correctamente...* Arrupe por su parte comentó con Sobrino sobre problemas que le preocupaban. Finalmente, hasta se cuidó personalmente del pago del boleto de avión: *No se preocupe. Ya lo he arreglado*. Para Sobrino Arrupe es un santo en su sentido primordial. Siempre pensó de sí mismo en último lugar.

Los jesuitas y los Papas

Ignacio de Loyola había establecido que los jesuitas tuviesen una especial relación con los Papas. Sin embargo, sobre el voto de los jesuitas al Papa hay ideas exageradas y falsas. Como todos los votos, también éste está descrito con precisión. Está determinado y definido en relación a las “misiones” que el Papa puede confiar a cada jesuita o a la Orden entera. En este contexto es interesante el

cambio en la segunda redacción de la Bula papal de fundación. Pedro Arrupe lo observó. Ignacio afortunadamente sustituyó la fórmula “servir al Vicario de Cristo” por “servir a la Iglesia bajo el Vicario de Cristo”.

A pesar de o, tal vez, también por causa de esta relación especial, una y otra vez, en la historia ha habido tensiones entre la Compañía y los Papas. Cuando en 1555 el Cardenal teatino Gian Pietro Caraffa fue elegido Papa, según un testigo ocular a Ignacio le temblaron todos los huesos del cuerpo. Caraffa, ahora ya Papa Pablo IV, había sido su enemigo mortal. Ignacio tenía miedo fundado de que pudiera disolver la Compañía. En realidad, la Compañía de Jesús fue disuelta en 1773 por el Papa Clemente XIV. Y cuarenta y un años después, en 1814, el Papa Pío VII la restauró. En el siglo XIX las relaciones entre Pío IX y el entonces General, Johan Philipp Roothaan estuvieron marcadas por la confrontación y los malentendidos. Pío X pensó en serio sobre la destitución del General, el alemán Franz Xavier Wernz. Pío XII también llamó al orden a los jesuitas más de una vez, por ideas demasiado modernas y desvíos doctrinales.

Las relaciones entre Pedro Arrupe y el Papa Pablo VI estuvieron marcadas por mutua simpatía y estima. El Papa Montini tuvo una especial confianza en la Compañía de Jesús, pero a ello se unió también una especial preocupación por la orientación que iba tomando la Compañía. En su alocución a la segunda sesión de la Congregación General 31, junto a muchas alabanzas, planteó algunas cuestiones críticas, referentes, sobre todo, a la eclesialidad de los jesuitas.

En su discurso en la inauguración de la Congregación General 32, el 3 de diciembre de 1974, describió así el carisma específico de la Compañía: “Por todas partes en la Iglesia, en los frentes más difíciles y avanzados, en las confrontaciones ideológicas, allí donde surgen conflictos sociales, donde los más profundos deseos de los hombres y el eterno mensaje del Evangelio se distancian entre sí, allí han estado y están todavía los jesuitas”. Esto hizo que la Compañía de Jesús adquiriera un significado especial para la Iglesia en conjunto: “En vuestra Compañía puede decirse que estuvo durante siglos la vitalidad de la Iglesia. Bajo diversos aspectos ella es algo así como un eje, alrededor del cual gira la subsistencia y el éxito de la Iglesia”. Esto explica la gran atención que Pablo VI dispensó a la Congregación 31 y aún más a la 32.

La cuestión de los grados

Entre Pablo VI y la Compañía de Jesús se encendió un conflicto específico e importante a propósito de la llamada “cuestión de los grados”. Ya desde la fundación de la Compañía existen en ella dos grupos de jesuitas: por un lado, los “profesos”, que son necesariamente sacerdotes y que deben hacer un cuarto voto de obediencia al Papa por lo que toca a las misiones; y por otro lado, los “coadjutores”, que pueden ser sacerdotes o hermanos, que no hacen el voto de obediencia al Papa y tienen menos derechos. En los preparativos de la Congregación General 32 hubo un gran esfuerzo por suprimir esta distinción. El cambio, sin embargo, chocaba con la bula fundacional; era, por lo tanto, de derecho papal, y por ello debía ser autorizado por el Papa.

Arrupe recibió al comienzo de la Congregación General 32, el 3 de diciembre de 1974, una carta del Cardenal Secretario de Estado, Jean-Marie Villot, en la que éste le participaba que el Papa no quería ningún cambio en la cuestión de los grados. Al parecer lo que estaba tras el deseo del Papa era el miedo a que, con la suspensión de la distinción de grados, la Compañía perdiera su carácter sacerdotal y pudiera convertirse en una especie de instituto secular.

Arrupe veía, tanto en la Congregación General como en el Papa, las dos instancias de autoridad superiores a él, a las que debía obediencia. Por ello, la carta de Villot sobre la cuestión de los grados le causó un conflicto de conciencia. ¿Debía la Congregación General, ya de entrada, eliminar esta cuestión del orden del día y suprimir la deliberación en común? En la tradición de la Compañía existe el principio, así llamado, de la “representación”, que permite a los súbditos presentar, de nuevo, su parecer y hacer valer argumentos en contra de una decisión que ya ha sido tomada por el superior. Sin embargo, la decisión finalmente pertenece al Superior. Al parecer, Arrupe quiso tratar la cuestión de los grados de acuerdo a este principio -en cualquier caso dejó para más adelante el tratamiento de la carta de Villot. En una votación indicativa, 228 miembros de la Congregación General se pronunciaron a favor de que se tratara el tema y se presentase el resultado al Papa. Sólo ocho votaron en contra. Por su parte, Arrupe dio a conocer a la Congregación la carta de Villot sólo el 16 de diciembre. En mirada retrospectiva, uno de los presentes en la congregación comprendió el comportamiento de Arrupe como una forma de tomar muy en serio la libertad de la Congregación General, a la que respetó como a su superior.

En el Vaticano, el hecho de que la Congregación General tratase la cuestión de los grados fue interpretado como un enfrentamiento con una clara voluntad del Papa. Arrupe fue citado el 20 de febrero de 1975 a una audiencia con Pablo VI. El Papa se mostró muy serio, riguroso, seco. Estaba presente el sustituto de la Secretaría de Estado Giovanni Benelli. Pablo VI indicó a Arrupe: “Siéntese y escriba lo que Monseñor Benelli le dicte”. El Papa mostró su extrañeza de que la Congregación General no se hubiera atendido a su voluntad y hubiera comenzado una discusión sobre la cuestión del cuarto voto. Él no permitiría ningún cambio en esto.

Arrupe quedó consternado ante esta reprensión papal. Más tarde recordó este difícil encuentro en diálogo con Pedro Miguel Lamet: *“Aquel día, en que me llamó el Papa, fue muy duro, créame, muy duro. ¡Terrible! Me acompañaba el P. O’Keefe, pero no lo dejaron entrar. El Papa me mandó escribir. Yo quise hablar, pero no me dejó. Yo contenía las lágrimas y escribía. Cuando salí, rompí a llorar. No podía entender esta actitud. Pues en mi interior lo veía muy claro. Fue muy hermoso ver cómo reaccionaron todos los Padres congregados. A los pocos minutos después yo estaba muy tranquilo”*. Estas palabras hacen recordar aquellas otras de san Ignacio de que le bastaría un cuarto de hora para encontrar de nuevo paz, en el caso de una posible disolución de la Compañía de Jesús.

Dificultades agudizadas

El reajuste de la Compañía, obra de la Congregación General 32, llevó a

agudizar las dificultades con el Vaticano. En una carta del Cardenal Secretario de Estado, se expresa la preocupación de que el nuevo énfasis en la promoción de la justicia pudiera amenazar el carácter sacerdotal de la Orden, aunque la Congregación General había adoptado, como punto de vista decisivo, y había afirmado que el compromiso por la justicia pertenece, ciertamente, al servicio sacerdotal.

De diversas partes de la Iglesia universal, sobre todo de América latina, llegaron quejas a Roma sobre el compromiso político de los jesuitas. En septiembre de 1978, una Congregación de Procuradores, representantes elegidos por las Provincias, debía hacer una primera evaluación de los cambios ocurridos tras la Congregación General 32, pero en esos días ocurrió la inesperada muerte del Papa Juan Pablo I. Se dijo que había muerto con el texto de su alocución a los Procuradores en las manos. Esta alocución contenía también pasajes críticos. Arrupe pidió el texto a Villot, Cardenal Secretario de Estado, quien declaró que no era de su competencia proporcionárselo. Eso lo habría de decidir el futuro Conclave o el próximo Papa. Por esa razón la Compañía fue objeto de largas discusiones durante el conclave que eligió Papa a Karol Wojtyla. Juan Pablo II heredó, por decirlo así, el dossier completo de sus antepasados sobre los jesuitas, pero tuvo con la Compañía una relación mucho más distante que Pablo VI.

A comienzo de 1980 Arrupe tomó la decisión, siguiendo las nuevas normas de la Congregación General 31, de renunciar como Superior General de la Compañía, por razones de edad. Lo habló con sus consejeros. Pidió el voto de los provinciales. La mayor parte aprobó el proyecto de su renuncia. Arrupe no estaba obligado a informar al Papa sobre su intención de renunciar y de convocar una Congregación General para la elección de su sucesor. Sin embargo, lo hizo como gesto de su especial vinculación y confianza con el Sucesor de Pedro, en una audiencia el 18 de abril 1980. El Papa se mostró sorprendido. Quiso saber del mismo Arrupe qué podría hacer él en este proceso. *“Todo lo que le parezca justo”*, respondió Arrupe. *“¿Cree Vd. que me obedecerá la Compañía?”*, preguntó el Papa. *“Evidentemente”*, le aseguró Arrupe. Así concluyó una audiencia que sólo duró diez minutos.

Arrupe pasó días de tensión e inseguridad. Por fin, el 1 de mayo le llegó una carta autógrafa del Papa con la petición de suspender el proceso iniciado para convocar una Congregación General. Ésta no sería ni en bien de la Iglesia ni en el de la Compañía. Seguirían hablando. Sin embargo durante meses no ocurrió nada, y los rumores se hicieron cada vez más numerosos. Uno de ellos era que el Papa planificaba destituir a Arrupe. A esto comentó Arrupe: *“No creo que lo haga; pero si lo hace, me bastan cinco minutos para recoger mis bártulos y volverme a Japón”*. Otro rumor decía que Juan Pablo II quería suprimir la Orden, como lo había hecho Clemente XIV en 1773. Era costumbre de Arrupe, cuando el Papa pasaba en automóvil los domingos a visitar parroquias romanas, bajar a la acera de la calle para saludarle con una inclinación. También lo hizo en medio de esta situación. Ni una sola vez el Papa dio muestras de haberlo visto.

Desde un punto de vista jurídico, la Compañía se encontraba en estado de excepción, porque no se podía retroceder en el iniciado proceso de renuncia del

General. En esta situación, a comienzos de agosto de 1980 Arrupe hizo Ejercicios. Pidió a Luís González, director del Centro Ignaciano de espiritualidad, que le acompañara. González recuerda cómo Arrupe el penúltimo día de los Ejercicios, en la meditación de la pasión de Cristo, vivió una experiencia terriblemente angustiosa. Lo menciona como presentimiento de lo que le esperaba.

El 30 de diciembre el Papa, como de costumbre, celebró la Eucaristía de fin de año en la iglesia de los jesuitas del Gesù en Roma. En la sacristía los Asistentes generales pidieron al Papa una audiencia para Arrupe a fin de clarificar la situación. El Papa prometió una rápida respuesta por medio de su Secretario. Finalmente hubo dos audiencias, una el 13 de enero y otra el 13 de abril de 1981. Juan Pablo II se manifestó crítico ante los cambios de la Compañía relacionados con el Vaticano II. Se mostró preocupado con las tendencias divisivas y sobre el compromiso político de algunos jesuitas en Nicaragua. Y no abrió el camino para la convocación de una Congregación General. Parece que tuvo que ver con ello el que en el Vaticano se contaba con que Vincent O’Keefe o Jean-Yves Calvez eran los posibles sucesores de Arrupe. Ambos eran tenidos como progresistas y demasiado comprometidos en la línea de Arrupe.

El 13 de mayo en la Plaza de San Pedro sucedió el atentado contra el Papa Juan Pablo II, que le retuvo durante semanas en el lecho de enfermo. Los diálogos entre Arrupe y el Papa se vieron nuevamente interrumpidos. El 7 de agosto, de regreso de un viaje por Asia, Arrupe sufrió una hemorragia cerebral. Las Constituciones proveen, para el caso de una seria enfermedad del General, el nombramiento de un Vicario General. Fue nombrado Vincent O’Keefe. Pronto se vio claro que no se podía contar con una rápida convalecencia de Arrupe.

La intervención del Papa

El 6 de octubre de 1981 el Cardenal Secretario de Estado Agostino Casaroli llegó a visitar a Arrupe con un mensaje del Papa. Fue llamativo que Casaroli, simplemente, ignorase a O’Keefe, que era el Vicario General. Éste recibió a Casaroli y lo acompañó a la habitación de enfermo de Arrupe. Casaroli insistió, además, en estar solo con Arrupe. La visita duró sólo unos minutos. Sin decir una palabra Casaroli se hizo acompañar de nuevo hacia la puerta. Cuando O’Keefe regresó al cuarto de Arrupe, encontró la carta del Papa en una mesita. Arrupe estaba llorando. ¿Qué contenía la carta? El Papa comunicaba a Arrupe que había nombrado un “Delegado personal” con plenos poderes para el gobierno de la Compañía en su nombre y por encargo suyo. El Delegado era el italiano Paolo Dezza. Debido a su edad avanzada, 80 años, el Papa nombró un Coadjutor, Giuseppe Pittau, también italiano, que había sido Provincial de Japón.

Juan Pablo II, y otros en el Vaticano, contaban con una especie de rebelión de los jesuitas ante estas medidas extraordinarias. No ocurrió nada de eso. Pero tampoco había nada que disimular. El nombramiento de los Delegados manifestaba una profunda desconfianza del Papa hacia los jesuitas. 18 jesuitas alemanes, entre ellos Karl Rahner, escribieron al Papa una carta respetuosa pero clara, en la que decían lo difícil que se les hacía reconocer el dedo de Dios en las medidas tomadas. El renombrado semanario inglés *The Tablet* habló de un brutal ultraje a uno de los

Superiores Generales más santos y queridos desde san Ignacio.

Para el 23 de febrero 1982 Paolo Dezza convocó una Asamblea de todos los Provinciales en Roma. El 27 de febrero los recibió el Papa en el Vaticano y les dirigió una alocución. Reconoció que las actuales circunstancias han sido “delicadas para el gobierno de vuestra benemérita Orden y lo son objetivamente”. El nombramiento de un Delegado personal es una “prueba” que ha sido recibida por los miembros de la Orden con verdadero espíritu ignaciano.

A continuación subraya el Papa la actitud ejemplar de Pedro Arrupe, su generosa aceptación, su *Fiat* “ante la voluntad de Dios, que le exigió mucho, tanto en la aparición de su repentina e imprevisible enfermedad, como también en las decisiones tomadas por la Santa Sede... En este momento, particularmente solemne para la vida y la historia de vuestra Orden, deseo expresar el agradecimiento del Papa y de la Iglesia”.

Juan Pablo II tenía prevista la convocatoria de la Congregación General durante 1982. La Congregación General 33 pudo reunirse, finalmente, el 2 de septiembre 1983. Formalmente Pedro Arrupe era todavía Superior General. El 13 de septiembre, en la primera votación fue elegido Peter-Hans Kolvenbach. Ciertamente no era el candidato de Juan Pablo II.

La fecundidad de los conflictos

En la historia de la Iglesia, una y otra vez ha habido tensiones, necesarias y fecundas, entre carisma y administración eclesial. Las Órdenes surgieron del lado del carisma, significando el libre actuar del Espíritu de Dios también fuera de la constitución institucional y jerárquica de la Iglesia. La fundación de las Órdenes estuvo, por regla general, vinculada a personalidades carismáticas. Por derecho eclesiástico, las Órdenes han tenido también el particular estado de una relativa independencia con respecto a los obispos y las diócesis. Ya se veía, pues, que tenía que haber tensiones. Y así lo manifestó Arrupe: *Dado lo que son el carisma y el servicio propios de la Compañía de Jesús, estos conflictos son humanamente inevitables*. En definitiva, han sido beneficiosos tanto para la Iglesia como para la Compañía.

También Ignacio Ellacuría juzgó desde esta perspectiva más amplia que da la historia eclesiástica los conflictos de la Compañía de Jesús bajo el gobierno de Pedro Arrupe. “Esta tensión entre el carisma de la vida religiosa y la vigilancia más institucional de la Jerarquía ha sido permanente siempre en la Iglesia a lo largo de su Historia y ha sido la mayor parte de las veces fructuosa; pero esto se reconoce solamente más tarde”.

Las tensiones y conflictos son realidades que se muestran fructíferas. Evitar estos conflictos es impedir la fecundidad. Ellacuría habla de “la mayoría de los casos”. Con esto indica que no todo conflicto es necesario, ni fructuoso. Pero lo importante es que la fecundidad de los conflictos sólo se reconoce más tarde. Tal vez hoy estamos en mejores condiciones para reconocer la fecundidad de los conflictos que Pedro Arrupe tuvo que vivir con la jerarquía eclesiástica. Se inscriben

en el difícil proceso de cambio del Concilio Vaticano II, según el cual lo viejo tenía que desaparecer para que pudiera surgir lo nuevo. El mismo Arrupe compara este proceso con los dolores de parto. Se remite a la palabra de Jesús: *“Cuando una mujer va a dar a luz, siente angustia, porque le ha llegado la hora; pero, cuando el niño ha nacido, su alegría le hace olvidar el sufrimiento pasado y es enteramente feliz por haber traído un niño al mundo”* (NJ. 16, 21).

5. Universalidad

Pedro Arrupe recibió como regalo del astronauta americano Jim Lovell una foto que muestra a la tierra desde el espacio. La colgó en su despacho junto a un retrato de San Ignacio. Esta foto le recordaba dos cosas: *Necesitamos una visión clara de los problemas locales y necesitamos asimismo encuadrar estos problemas en una visión universal*. Estaba convencido de que sólo esta manera de mirar las cosas tiene verdadero futuro.

Y se encuentra también en la contemplación de la Encarnación de los Ejercicios. Ignacio invita al ejercitante, primero a entrar en la perspectiva de las tres divinas personas que “miraban toda la planicie o redondez de todo el mundo llena de hombres”. En términos modernos, Ignacio adopta una perspectiva global, que describe todavía con mayor precisión en el segundo preámbulo, “composición viendo el lugar”: “aquí será ver la grande capacidad y redondez del mundo en la cual están tantas y tan diversas gentes”.

En el segundo preámbulo de la contemplación de la Encarnación, desde la perspectiva global Ignacio vislumbra, por así decirlo, “la casa y aposentos de nuestra Señora, en la ciudad de Nazaret, en la provincia de Galilea”. Este cruce de perspectivas, mundial y local, marca todo el resto del ejercicio. Ignacio parece haber sido muy consciente del peligro de perder de vista la realidad concreta, pequeña, en favor de una visión amplia, demasiado abarcadora. Pero de la perspectiva mundial pasa a la local. De esta forma se insiste en que la obra salvadora de Dios comienza en lo pequeño. A esto respondió la visión mundial de Arrupe. Lo recuerda con un principio del Movimiento por la Paz norteamericano: *“Pensar globalmente, actuar localmente”*.

“Cuanto más universal, más divino”

La internacionalidad le fue regalada a la Compañía de Jesús, por así decir, en la cuna, desde sus comienzos. El grupo de amigos, estudiantes en París alrededor de Ignacio de Loyola, procedía de diversos países de Europa. Lo que comenzó en un cuarto común de estudiantes en 1529 llegó a ser una de las mayores empresas globales de la Iglesia en la edad moderna que estaba despuntando. La Compañía de Jesús fue europea en su origen, pero universal en su dinámica. Así se formula en las Constituciones de la Orden que “debemos estar siempre preparados para ponernos en camino a las diversas regiones del mundo”.

Esta organización universal se funda en un principio importante para san Ignacio: “cuanto más universal, más divino”. Lo que en tiempos de globalización

adquiere un nuevo significado, estaba ya configurando la visión de Arrupe. Por eso, en una alocución poco después de su elección como General anticipó muchos elementos de lo que hoy se llama globalización: *Vemos que el mundo de hoy y el de mañana aspiran a una más estrecha unidad y que muchos fenómenos van tomando cada vez más, un carácter universal. Vemos también que nuestra Compañía, aunque pequeña, dispone de fuerzas relativamente significativas y, sobre todo, que por su naturaleza propia tiene la posibilidad y el deber de actuar como un único cuerpo. Nuestra vocación quiere que actuemos en unidad... Nuestro universalismo no consiste en que los nuestros, aquí y allí y por todas partes, se ocupen de todo, sino en que todos nosotros colaboremos en una obra más universal, que exige una más apretada unidad.*

Ignacio Ellacuría, al referirse a Arrupe, habla de “universalismo como perspectiva”. Arrupe se hubiera alegrado, sin duda, de que los jesuitas, desde hace ya unos años, estuvieran presentes en la cima de las Naciones Unidas y de los Foros sociales del mundo, en los que se busca organizar la globalización de una manera más justa. Aunque los logros de estas organizaciones, por regla general, se quedan muy por detrás de las esperanzas y las necesidades, han supuesto un avance en tomar conciencia de los problemas del mundo. Cuestiones económicas, sociales y ecológicas no pueden hoy ser ya consideradas y tratadas por separado. Los pobres son los primeros en sentir los efectos del calentamiento del planeta. Y a la inversa, la pobreza es el más peligroso veneno para el medio ambiente. Son necesarias ayudas para el desarrollo, pero es mucho más importante una justa organización del mercado mundial. Arrupe fue pionero en estas cuestiones.

Inmensidad del sueño y singularidad del detalle

La creciente unificación de la humanidad fue también importante óptica del Concilio. Desde esta perspectiva describió a la Iglesia como “sacramento, es decir, signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano”. Ésta fue una expresión más amplia de las nuevas relaciones Iglesia - mundo. La Iglesia ya no se comprendió a sí misma en contraposición al mundo, sino que se quiso a sí misma al servicio de la unión y de la unidad del mundo. Con esto se abrió a las otras iglesias cristianas, a las otras religiones e incluso a los no-creyentes. La salida de la Iglesia hacia el mundo fue sancionado por la Constitución pastoral del Concilio sobre la Iglesia y el mundo de hoy. En ella se exige una organización del orden institucional más justa y una colaboración internacional más fuerte.

Ante esto Arrupe ve que la Compañía de Jesús está especialmente urgida en su universalidad y flexibilidad: *Somos un cuerpo universal, compañeros de Jesús, ciudadanos del mundo, que rechazamos los provincialismos y nacionalismos estrechos. Esta visión universal y esta convicción de pertenecer a un cuerpo universal son de gran ayuda para evitar la introversión que limita los horizontes y agrava y multiplica los problemas.* La perspectiva universal también juega un papel importante en las preguntas que Arrupe dirige a la juventud en una conferencia: *¿Te atrae lo universal? La evangelización no tiene fronteras. Los planes de Dios en Cristo son a escala de cosmos.* En este contexto hay que recordar una vez más el epitafio de san Ignacio, que Arrupe tradujo libre y creativamente: “*La singularidad de*

lo divino (lo propio de Dios) es reconciliar extremos: la inmensidad del sueño y la singularidad del detalle”.

En sus numerosos viajes Arrupe conoció el mundo como casi nadie. Sus análisis geopolíticos son testimonio de esta amplia visión. Ya en 1968 habló de que el dominio de USA a mediano plazo sería reemplazado por Asia y, sobre todo, por China. Su gran esperanza era que China se abriese nuevamente al cristianismo. O, aunque no pueda hablarse todavía de libertad religiosa, que se abrieran algunos espacios a las iglesias cristianas.

La universalidad, como perspectiva, guiaba la mirada de Arrupe sobre la historia. Si los 20.000 millones de años de edad del cosmos se superponen en una línea de 20 kilómetros de longitud, un milímetro corresponde a 1000 años. Esto quiere decir que la historia de la fe cristiana y de la evangelización equivalen a dos milímetros, frente a los 20 kilómetros de desarrollo cósmico. Y Arrupe se planteó la pregunta: *¿No es pertinente la sospecha -si se piensa en esto- de que estamos completamente en los comienzos del proceso de evangelización?*

Un nuevo orden internacional

A Arrupe le preocupó constantemente el escándalo de que los hombres podrían crear un mundo más justo, pero no quieren. Desigualdad e injusticia no son un destino fatal de la naturaleza, sino producto del hombre, y su responsabilidad. Por eso tiene que ser posible que los hombres las cambien. El antiguo Presidente del Banco Mundial Robert McNamara le confirmó a Arrupe que el problema de la extrema pobreza era superable, pero que faltaba voluntad política para hacerlo.

Es trágico que mucho de lo que Arrupe dijo hace 30 años sobre la situación del mundo, sigue siendo verdad todavía hoy. Esto es lo que decía: *Yo no soy economista y por tanto no puedo discutir el valor de una u otra medida específica. Pero no es preciso ser economista para comprender que, detrás de tecnicismos complicados, hay una verdadera realidad humana. Dos tercios de los hombres de esta tierra no tienen alimentación, habitación, vestido, educación adecuada, ni casi la posibilidad de obtener estos derechos fundamentales, a menos que un nuevo orden internacional se instaure. Tampoco es necesario ser economista para comprender que este orden fundamentalmente nuevo se aplica no sólo a las relaciones entre las naciones, sino también a las condiciones crónicamente injustas también dentro de muchas naciones. No hubo ninguna pregunta: Una comunidad internacional que permite que un pequeño número de sus miembros disponga de la mayor parte de los recursos y deja a los otros en la más cruel miseria necesita un cambio radical.*

La denuncia de Arrupe de la injusticia universal, con el paso de los años se fue haciendo cada más profética. En el Congreso Eucarístico de Filadelfia en 1976 denunció en su alocución “Hambre de pan y de Evangelio” la carrera de armamento frente al hambre como *“un escándalo intolerable, una vergüenza enorme de la cual las futuras generaciones nos atribuirán justamente la culpa”*. A esto hay que añadir que los gastos de rearme universal ascienden hoy a 900 mil millones de euros, algo así como ocho veces más de lo que los países ricos aportan a ayuda al desarrollo.

Con naturalidad Arrupe hablaba de sí mismo como de un optimista incorregible. Sin embargo, en 1977 vio el futuro con una mirada pesimista: *Los ricos se habrán enriquecido más y los pobres serán más pobres; la diferencia numérica entre unos y otros y la diferencia cualitativa de sus niveles de vida se habrán agigantado. ¿Cuánto puede prolongarse este proceso?* Hoy vivimos en ese futuro. En 1980, en base a un informe del Banco mundial, vaticinó que, aun bajo previsiones optimistas sobre desarrollo económico, al fin del siglo XX 600 millones de hombres vivirán en absoluta pobreza. Hoy son más de 1.300 millones de seres humanos los que tienen que sobrevivir con menos de un dólar por día.

Arrupe proféticamente puso en la picota a la sociedad de consumo, cuyo objetivo decidido es *abrir y ensanchar mercados y aumentar beneficios*. Así la caracterizó, mucho antes de que se implantase el modelo hoy dominante de globalización neoliberal. Igualmente criticó el abuso que el hombre ejerce sobre la naturaleza y llamó la atención sobre los límites de los recursos humanos. Estaba convencido de que los problemas globales exigen soluciones globales. Por eso buscó estar en contacto con organizaciones internacionales y se mantuvo en relación con el entonces Secretario de las Naciones Unidas U Thant.

Su crítica a las conferencias internacionales, que se ocupan de estos problemas, pero que, por regla general, llegan a resultados mínimos, es absolutamente actual. Estas conferencias hacen diagnósticos verdaderamente acertados, pero no dan el paso a la terapia: *En términos claros y con el cada vez más importante apoyo de los hechos estas Conferencias nos recuerdan que nuestro mundo actual está enfermo, que es necesario tomar medidas drásticas para curarlo, que es preciso un nuevo orden internacional.*

Los problemas del desarrollo no son, en primer plano, de naturaleza económica y son demasiado importantes como para confiárselos sólo a gobiernos y especialistas. En el prólogo de Willy Brandt a un informe de la Nord-Sud-Kommission Arrupe encontró bien expresada la esencia del problema: "Las nuevas generaciones del mundo necesitan algo más que soluciones económicas; necesitan ideas inspiradoras, esperanzas que les animen, y ver que se dan los primeros pasos para realizarlas. Necesitan creer en el hombre, en la dignidad humana, en los derechos humanos fundamentales; fe en los valores de la justicia, la libertad, la paz, el respeto mutuo, el amor, la generosidad, y fe en la primacía de la razón sobre la fuerza". Para Arrupe estas palabras son maravillosas; pero en las siguientes 300 páginas del informe no hay rastro de ellas.

Para una verdadera solución de los problemas es necesaria una toma de conciencia fundamental y un cambio de valores. Arrupe lo analizó con agudeza. *La actual situación amenazadora del mundo hay que retrotraerla, en gran parte, al hecho de que en nuestro tiempo el progreso técnico y el desarrollo de la civilización van más rápidos que el desarrollo de las fuerzas morales y éticas del hombre*. Por eso considera que la tarea principal es reforzar y conjuntar las fuerzas éticas. Su credo es muy simple: *El mal sólo se vence con el bien, el odio con el amor y el egoísmo con la generosidad; todo ello es necesario implantar en este mundo concreto.*

Como lo haría más tarde el Papa Juan Pablo II, Arrupe impulsó una globalización de la solidaridad: *Sabemos que el clamor humano pidiendo libertad y posesión de sí mismo ya no necesitaría ser una utopía, sino que podría aproximarse a su realización. Y sabemos asimismo que la solidaridad de los hombres y la unidad del mundo representan la única posibilidad real de asegurar la paz y el bienestar.* Frente al “homo consumens” propone él el “Homo serviens”, el hombre servidor.

Arrupe estaba convencido de que la dimensión trascendente de la fe es irrenunciable en las estrategias de cambio. La aportación de la Iglesia no reside, según él, en el plano del poder, sino en el del servicio. En fidelidad al camino de Cristo, debe dar testimonio del amor. La convicción más profunda de Arrupe es que el mundo necesita un inmenso movimiento de amor. La consecuencia última puede ser la entrega de la propia vida: *Amar a los otros dispuestos a dar la vida por ellos. Estas pocas palabras contienen la clave para la solución de muchos problemas personales y mundiales.*

Una civilización de lo suficiente

Arrupe estaba muy claro en que la crisis social y ecológica del mundo sólo podía solucionarse con un nuevo modelo de civilización. Su utopía era una “sociedad de lo suficiente”. Frugalidad y un nivel de vida más austero son una cuestión de supervivencia para la humanidad. No se trata de una renuncia que haga rechinar los dientes, sino del descubrimiento de que las limitaciones voluntarias enriquecen y pueden hacer feliz.

Arrupe se encontró aquí con la visión de una civilización de la pobreza tal como la había esbozado Ignacio Ellacuría, poco antes de ser asesinado en 1989. En ella acentúa Ignacio que las soluciones que ofrecen los países ricos a los problemas del mundo, no son universalizables, y aunque no fuese más que por esa razón no pueden ser verdaderas soluciones. Es simplemente imposible que los países pobres del sur ni siquiera se aproximen a vivir como los países ricos del norte. Faltan para ello los recursos naturales. Ecológicamente llevaría al colapso global. Como modelo, solamente puede fungir un proyecto de ordenamiento mundial universalizable. Por eso clamaba Ignacio Ellacuría por una civilización mundial de la pobreza, por una civilización de la austeridad compartida. La civilización de la pobreza “hace de la satisfacción universal de las necesidades básicas principio del desarrollo, y del crecimiento de la solidaridad compartida el fundamento de la humanización”.

Desde esta perspectiva las órdenes religiosas y los votos adquieren una actualidad totalmente nueva. Sin limitaciones voluntarias no hay ningún futuro. *El mejor servicio, que los religiosos pueden hacer hoy a la humanidad es dar irrefutable testimonio anticonsumista con una vida austera y frugal, y ofreciendo al mundo en nuestra propia persona esa interpretación del Evangelio auténtica y liberadora por la que están suspirando. Austeridad, a la que el mundo, si quiere sobrevivir. Ha de llegar necesariamente.*

En la actualidad crece la conciencia de las consecuencias amenazantes del calentamiento climático y de la necesidad de cambios radicales en los modelos de

producción y consumo. El escritor Carl Amery, fallecido en 2005, ha establecido en su último libro "Global Exit" la siguiente conexión entre el futuro del mundo y de las iglesias: "Es de prever que el mundo de la vida, tal como lo conocemos y habitamos, se desmoronará y será inhabitable en el curso del nuevo milenio. Es de prever que las iglesias de la cristiandad muy pronto se hundirán en una completa carencia de significado. Estos dos panoramas, conjuntados y reflejándose uno en el otro, dan a luz una poderosa oportunidad". Con esto Amery quiso expresar que de la fe cristiana y de las iglesias podría provenir un potencial de cambio para salvar el amenazado planeta tierra.

Arrupe se hubiera adherido a esta visión. Una y otra vez habló de la necesidad de *salvar al planeta*. La salvación cristiana incluye justicia, paz y defensa de la creación. "Otro mundo es posible", resuena el slogan en los foros sociales mundiales. Para esto se necesita dar muchos pequeños pasos concretos, pero se necesita también una visión global y un movimiento mundial. En esto Arrupe confió en los jesuitas, y en los hombres y mujeres vinculados a los jesuitas, en comunidades de vida cristiana, colegios y universidades, voluntariados y otras agrupaciones. Son millones de hombres y mujeres. ¿Sería posible que se pusiesen de acuerdo con algún grado de compromiso oficial para concretar la visión de Arrupe de una sociedad de la austeridad? ¿No podrían desarrollar una fuerza política que obligue a los responsables de las decisiones, los gobernantes, a cambiar la política de impuestos? Erich Fried lo ha formulado certeramente en una poesía: "El que quiere que este mundo permanezca como está, no quiere que subsista".

6. El corazón espiritual de Pedro Arrupe

Jesucristo

Modelo y norte para Pedro Arrupe es Jesucristo, tal como se le fue haciendo cercano e íntimo por medio de los Ejercicios. Conocer internamente a Cristo, amarle cada vez más y seguirle, es el programa espiritual de los Ejercicios. En una entrevista en la televisión, a la pregunta de quién era para él Jesucristo, respondió Arrupe con total espontaneidad, y entusiasmo: "*Para mí Jesucristo es todo... Quítame a Jesucristo de mi vida y se me desploma todo, como un cuerpo al que se le quitase el esqueleto, la cabeza y el corazón*".

Una y otra vez Arrupe vuelve a citar el pasaje de los Ejercicios en el que Ignacio describe a Cristo como *nuestro modelo y nuestra regla*. En este sentido la Compañía de Jesús es la configuración institucional de los Ejercicios. En la espiritualidad ignaciana el seguimiento de Jesús tiene siempre una dimensión apostólica. Cristo no debe ser sólo "meditado", sino que reta a actuar hacia afuera. Llama a la praxis del seguimiento. Se trata de colaborar en la obra de la salvación de Dios en el mundo. En la contemplación de la Encarnación las tres divinas Personas, ante las miserias del mundo, dicen, de forma sobria y vigorosa, "Hagamos redención". Ésa es la vocación del jesuita: colaborar en el proyecto de salvación de Dios. En una carta sobre la formación espiritual describe Arrupe la imagen del jesuita: "*desea sólo estar unido a Cristo y trabajar juntamente con Él por*

la salvación del mundo... Para nosotros, jesuitas, Cristo es a la vez modelo, camino, forma y fuerza de vida; y en concreto el Cristo pobre, el Dios que sirve al Padre hasta la entrega de sí mismo”.

Profundamente convencido de que Jesucristo también hoy está presente en el mundo, Arrupe pide desarrollar un cierto olfato sobrenatural de dónde está el Señor y dónde no está. Un lugar preferente de encuentro con Cristo es para él la Eucaristía. La celebración de la santa Misa es el centro de su vida. Temprano, en la mañana, celebra en su “catedral” -una pequeña capilla privada-, sentado al estilo japonés. Sus misas contemplativas a veces podían durar dos horas. Luego participaba, además, en la misa de los Hermanos en la Curia. Su devoción -así lo testimonia un hermano- era la de un santo. En la Eucaristía encuentra al Cristo viviente entre nosotros. No puede imaginarse un día sin celebración de la Eucaristía. En este contexto, se mostró inusualmente vehemente. Son ininteligibles para él las ideas de ciertas personas, que toman distancia de la misa y la comunión y pretenden justificarlo teológicamente: *¡Me gustaría ver a san Ignacio, si oyese semejante disparate!*

Otro lugar en el que el Señor nos espera son los más pobres, los perseguidos, los marginados. Jesús se ha hecho uno con ellos. Así lo afirma en la gran alocución del juicio: “Lo que habéis hecho por uno de mis pequeños hermanos, lo habéis hecho conmigo” (Mt. 25, 40). Ignacio coloca en el centro de los Ejercicios al Jesús “pobre y humilde”. De esa manera, la opción por los pobres y la lucha por la fe y la justicia están, además, fundamentadas cristológicamente.

Un conmovedor testimonio de la unión de Arrupe con Cristo es la “Oración a Cristo nuestro modelo” al fin de su conferencia sobre “El modo nuestro de proceder”, en 1979. Esta oración, totalmente en línea con los Ejercicios, es un diálogo con Cristo, como habla un amigo con otro amigo: *“Tu Evangelio muestra aquella tu manera varonil, dura contigo mismo con privaciones y trabajos; pero para con los demás lleno de bondad y amor y de deseos de servirles”.* Sin pretenderlo, Arrupe se ha descrito a sí mismo.

Unión de contrarios

La espiritualidad ignaciana está en tensión dialéctica entre pares de contrarios. Arrupe lo ha descrito así: *Oración y acción; entrega a la perfección propia y a la de los prójimos; uso de medios sobrenaturales y humanos; pluralismo y unidad; esfuerzo propio y dependencia de Dios; pobreza y disposición de los medios más eficaces; misión a nivel local y universalidad.* El principio de unidad, que mantiene estos contrarios en tensión fecunda, es Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, en quien la naturaleza divina y la humana están unidas, sin mezcla y sin separación.

En una homilía, con ocasión de celebrar sus 50 años en la Compañía, Arrupe menciona, junto a Abraham y san Pablo, a san Francisco Javier como figura y líder espiritual. Para Francisco Javier la verdadera fuente de tanta energía apostólica fue su confianza en Dios: *“El hombre tendrá menos fuerza cuanto más confíe en sí mismo y en sus propias fuerzas”.* Lo que recuerda una máxima de Ignacio de

Loyola: “Confía como si todo dependiera de Dios, y trabaja como si todo dependiera de ti”. Ignacio ha introducido dialécticamente, una dentro de la otra, confianza en Dios y puesta en acción de la propia responsabilidad. En la puesta en acción de nuestras propias capacidades y posibilidades debemos mantenernos siempre conscientes de que, finalmente, el éxito depende de Dios. Y en la máxima confianza en Dios no debemos dejar de cooperar nosotros según nuestras fuerzas. Pierre Teilhard de Chardin ha descrito esta actitud fundamental, certeramente, como “serenidad comprometida”. También se podría parafrasear así esta actitud: “Me toca a mí; pero no depende de mí. Yo no tengo que salvar al mundo. Pero Dios me invita a que coopere con Él en la construcción de su Reino en el mundo”.

Esto vale también para la relación recíproca entre fe y justicia. La lucha por la justicia fluye, inmediatamente, de la fe. Con todo, la fe cristiana añade algo decisivo a este compromiso: *Intentar resolver los problemas gravísimos de esta época con soluciones económicas, tecnológicas o políticas, de las que está ausente la fe sostenida por la caridad, es acumular obras sobre obras, pero no “sicut oportet” (no como conviene). Tales soluciones, en el mejor de los casos, resuelven o mitigan los niveles corticales del problema, pero dejan intacto el núcleo: no llegan al fondo del hombre, al reconocimiento de sus más profundos valores, cuya falta de desarrollo o cuya negación es el origen de los problemas.* Por medio de la fe se añade la dimensión espiritual de la confianza en Dios.

De estas relaciones en tensión surge la máxima eficacia apostólica. Para ello es fundamental mantener la tensión, no disolverla. Si el peso se desplaza hacia un lado, es necesario acentuar el otro. En lenguaje ignaciano esto se conoce como “agere contra”. En los últimos años como Superior General Arrupe percibe en la Compañía de Jesús el peligro de un activismo en el que la oración y el arraigo en Dios se quedan demasiado cortos. Al final de la Congregación de Procuradores de 1980 acentúa la necesidad de una sólida vida espiritual: *“Es necesaria más oración, una oración personal, profunda, larga”.* Y a esto pueden ayudar formas comunitarias de oración.

En su última charla a los colaboradores del Servicio Jesuita de Refugiados en Tailandia, agitada por cierto, un día antes de sufrir el ataque de apoplejía, acentúa la vertiente contemplativa: *“No perdáis el ánimo, por favor. Os diré una cosa. No la olvidéis. Orad, orad, mucho. Estos problemas no se resuelven a base de esfuerzos humanos. Os estoy diciendo algo que quisiera subrayar. Se trata de un mensaje - quizá sea mi canto de cisne- para la Compañía de Jesús. Si estamos en la primera línea de un nuevo apostolado de la Compañía, necesitamos ser iluminados por el Espíritu Santo. Es necesaria una unidad fundamental en el Espíritu para un nuevo apostolado que está naciendo. Estamos pasando dolores de parto antes de que nazca este apostolado”.*

La gracia de la inseguridad

El legado espiritual más importante de Arrupe está tal vez en esta frase: *Tan cerca de nosotros no había estado el Señor acaso nunca, ya que nunca habíamos estado tan inseguros.* A primera vista esto no es nada evidente. ¿Cómo puede la inseguridad expresar una cercanía mayor a Jesucristo? ¿No es su cercanía lo que

libera del miedo y la inseguridad? “Señor, quédate con nosotros, pues se está haciendo tarde”, dicen los discípulos de Emaús al forastero desconocido tras el que se oculta el Señor.

Para comprender esta frase, es importante tener en cuenta el “Sitz im Leben”, el contexto existencial, la situación vital. Arrupe lo dijo por primera vez en una celebración eucarística en un barrio pobre de América Latina. Tenía muy cercano el siguiente recuerdo: *En esta inseguridad en medio de los condicionamientos materiales, pero también en medio de la situación inestable del creyente, hemos vivido la presencia del Señor, hemos vivido una seguridad, que Pablo hoy volvería a llamar necesidad.*

La alusión a Pablo remite a la primera carta a los Corintios, donde el apóstol describe el mensaje de la cruz como locura para los sabios de este mundo, pero como fuerza de Dios para los creyentes. “Nosotros anunciamos a Cristo crucificado. Este Cristo es para los judíos una piedra en que tropiezan, y para los griegos es cosa de locos” (1Cor 1, 23). Y es interesante cómo Pablo recalca el origen social de las comunidades cristianas: “Basta con que se fijen en cómo se ha realizado el llamamiento de Dios: cómo no abundan entre ustedes los considerados sabios por el mundo, ni los poderosos, ni los aristócratas. Al contrario, Dios ha escogido lo que el mundo tiene por necio para poner en ridículo a los que se creen sabios, y lo que el mundo tiene por débil para poner en ridículo a los que se creen fuertes” (1Cor 1, 26 ss). No es casualidad que los cristianos provengan de las clases bajas, sino que está en sintonía con el plan de salvación de Dios: “Dios ha escogido lo humilde del mundo y lo despreciable; lo que no es nada, para anular a lo que es algo” (1Cor 1, 28).

La teología latinoamericana de la liberación ha vuelto a descubrir el significado clave de la pobreza en la historia cristiana de la salvación. El teólogo peruano Gustavo Gutiérrez, tenido como padre de la teología de la liberación, introdujo una importante distinción en la comprensión de la pobreza: pobreza como carencia injusta y pobreza como infancia espiritual. La pobreza, que priva a los hombres de lo necesario para la vida tiene que ser combatida y superada. La pobreza como experiencia de debilidad y dependencia ante Dios es, por el contrario, una virtud espiritual. Entre ambas formas de pobreza existe una relación. La pobreza material puede llevar mejor a la pobreza como infancia espiritual ante de Dios. En este sentido hay que entender las bienaventuranzas y las maldiciones de Jesús: “Bienaventurados los pobres, pues a ustedes pertenece el Reino de Dios... Pero ¡ay, de ustedes los ricos, porque ya no tienen que esperar ningún consuelo! (Lc. 6, 20.24).

Pedro Arrupe tenía un olfato infalible, una sensibilidad certera, para captar que en la cuestión de la pobreza se jugaba el destino de la fe cristiana. Y desde ahí se le esclareció por qué Ignacio de Loyola prestó una tan gran atención a la reglamentación de la pobreza en la Compañía. En una alocución a los jesuitas italianos sobre la sencillez de vida vuelve a aparecer la dialéctica entre la cercanía de Dios y la inseguridad. Arrupe cita de una carta de san Ignacio: “A nosotros es vía (para reformar su universal Iglesia) más segura y más debida procediendo cuanto más desnudos pudiéramos en el Señor nuestro, según que Él mismo nos da

ejemplo”. Arrupe comenta así esta afirmación: *“De la gran inseguridad humana resulta la inmovible seguridad en Dios. Y la pobreza nos prepara a vivir la caridad, ya que la verdadera pobreza hace al hombre capaz de dar por el prójimo no sólo lo que tiene, sino también lo que es”*.

Tocamos aquí el corazón de la espiritualidad de Arrupe. La inseguridad humana es un presupuesto para la experiencia de la seguridad en Dios. Pobreza significa inseguridad. Por eso la inseguridad facilita una experiencia de la cercanía de Dios. Pero la pobreza capacita también al hombre para ser “hombre para los demás”, no sólo dar lo que tiene, sino lo que es, entregarse a sí mismo. Este amor-entrega llega a la perfección en la entrega de la propia vida. “Nadie ama más que el que da su vida por sus amigos”.

De ahí se derivan consecuencias para la Iglesia. En su servicio no puede aliarse con el poder, sino caminar el camino de Jesús: camino de despojo, desposeimiento y entrega. El poder destruye la credibilidad del testigo. Sólo es creíble el testimonio del amor hasta la entrega de la vida. Por eso Arrupe afirma que para los cristianos es indispensable el convencimiento de la propia impotencia. Esta impotencia se muestra en la solidaridad con quienes no tienen ningún poder.

La experiencia de dependencia y de impotencia para Arrupe fue cada vez más fuerte en los últimos años de enfermedad. Cada vez dijo menos palabras. Al final sólo pudo decir *“Soy un pobre hombre”*. Esta constante disminución de sí se unió a una misteriosa irradiación. Durante los años de su enfermedad y de la progresiva pérdida de sus facultades naturales no disminuyó el número de visitantes. Quienes vieron a Arrupe, en su humana pobreza sintieron algo del misterio de Dios.

Con ayuda de sus consejeros en las semanas previas a la Congregación General 33 formuló su testamento personal y espiritual para la Compañía de Jesús. No lo pudo leer él mismo. Pero estuvo presente en el aula de la Congregación cuando el Provincial de España, Ignacio Iglesias, leyó el texto:

“Yo me siento, más que nunca, en las manos de Dios. Eso es lo que he deseado toda mi vida desde joven. Pero con una diferencia: Hoy toda la iniciativa la tiene el Señor. Les aseguro que saberme y sentirme totalmente en sus manos es una profunda experiencia”.

Su único ideal en los 18 años como Superior General de la Compañía de Jesús fue servir al Señor y a su Iglesia con todo el corazón.

“Ciertamente también habrá habido deficiencias, las mías en primer lugar, pero el hecho es que ha habido grandes progresos en la conversión personal, en el apostolado, en la atención a los pobres, a los refugiados”.

Evoca especialmente la actitud de lealtad y de obediencia en los últimos años a la Iglesia y el Papa. Ofrece al Señor por la Compañía el resto de su vida y los padecimientos anejos a la enfermedad. Y desde lo más profundo de su corazón formula la oración de entrega de los Ejercicios, que durante su enfermedad

progresivamente se cumplió en él:

“Tomad, Señor y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer. Vos me lo disteis, a Vos, Señor, lo torno. Todo es vuestro, disponed en todo vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta”.